

NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



Retrato del Presidente del Consejo de Ministros,
general Aznar, por Maside.

Contra el confusionismo

La gravedad del momento político español se acusa, preferentemente, en el confusionismo y turbiedad que presenta a la hora de ahora la vida pública: la política, que se creía liquidada en 1923, vuelve a dirigir los negocios del Estado. Cambó ha saltado del catalanismo a la centralización. Bugallal organiza una Sociedad de Estudios políticos estilo inglés. Albiñana y Maeztu se proclaman estadistas. Romanones se sigue llamando liberal y se muestra partidario de la censura. «A B C» cobija a los surrealistas, alguno de los cuales dice muy en serio que él es «comunista católico». Los monárquicos deciden apoderarse de la Prensa, porque, según ellos, los republicanos no deben tener periódicos. Algo grave está ocurriendo en la vida española, cuando la política registra tan enorme caos y tan atroz descomposición.

No es extraño, pues, que los aventureros de las ideas, los que practican por principio el «camouflage» y el desenfado, quieran identificar ahora ideas absolutamente antagónicas como son el comunismo y el fascismo. Para quien esté medianamente enterado de lo que son estos movimientos político-sociales, no hay confusión posible. El comunismo es la superación del liberalismo político para llegar a la libertad integral del hombre. El fascismo es una deificación del Estado burgués que tiene como instrumento la práctica del despotismo y del poder personal. No hay ninguna similitud entre las dos dictaduras, por la sencilla razón que la fascista es una dictadura personal y la comunista es la dictadura de una clase con carácter transitoria. Lo esencial del comunismo, según Lenin, es que conduce a la desaparición del Estado, mientras que el pseudo-doctrinarismo italiano desemboca siempre en el Estado-fuerza, corporativista y burgués.

EDITORIALES

MAS SOBRE EL PARTIDO «CENTRISTA»

No hay duda que el nombre de centrista ha sido fruto del especulativo cráneo del señor Cambó. Destila todo el camelismo que caracteriza al prior de la Lliga. Centrista. Por dos puntos no lo ha llamado camelista. Pero el caso es lo mismo. La opinión sabe a qué atenerse. Siendo este partido invención—todo lo del señor Cambó es invención—del líder catalanista, sobran elementos de juicio para conocer la garantía que merece a los núcleos de opinión que les pueda interesar. Porque a la gran masa del país, los partidos de ideología similar al del señor Cambó no les afectan por mucha seriedad que presenten.

Ya era hora que las millones de entrevistas celebradas entre los señores Cambó y duque de Maura dieran de sí el nacimiento de la congregación política que estaban incubando.

Ya tiene España otro partido más, reaccionario, clerical y financiero. Una cría de la Unión Patriótica de Primo de Rivera. Porque pese a la originalidad y al ingenio que moteja al señor Cambó y a la sabiduría de colegial que infla al duque de Maura, todos los partidos reaccionarios, clericales y financieros que se cuelgan la ubre del Poder para llamar a los afiliados, son plagios del que soñó formar el dictador Primo de Rivera.

¡Tanto como se mofaron los políticos—con la cara oculta tras la puerta, naturalmente—del dictador y ahora todos le copian y se aprovechan de sus resortes de gobierno!

García Prieto le da abrigo paternal al Código de don Galo. Romanones se abroquelan en la Censura de Anido, como tras coraza forjada por sus propias manos. Todos los viejos políticos hacen presa en los residuos del Poder de Primo, después de censurarlo todos... menos La Cierva. Este es el único que se mantiene en su inmovible terreno de siempre. Obediente y muy leal al Poder constituido. Lo fué de la Unión Patriótica y lo es a este Gobierno de concentración monárquica que nos rige. Y mañana le será, también, leal y obediente a la República, si ésta es la que esgrime el Poder.

Todos los viejos políticos, sí, censuraron a Primo de Rivera y ahora le imitan y se aprovechan de sus inventos.

Cambó y el duque de Maura quieren hacer una reproducción de la Unión Patriótica. El partido centrista goza de las mismas adhesiones que aquella. Ni una más, porque no creemos que ingresen en él los regionalis-

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUÍN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41
MADRID

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

tas. Los regionalistas se quedarán en Cataluña viendo a Cambó clavarle en el centro de la Península con su tienda de quincalla política a comisión.

No espere el político catalán que piquen en sus chatarras núcleos ninguno de opinión. Es muy conocido su género de todo el país y sabe cuál es su resultado.

El héroe de la Asamblea de Parlamentarios y otras barrabasadas por el estío está muy acreditado en la Península entera.

Irán a su partido centrista los mismos que se apiñaron en la U. P. de Primo de Rivera. Ayer fueron a aquél y hoy irán al de Cambó y duque de Maura. Irán los leales, los que siempre van a donde se les manda.

Pobre Bugallal y pobre Lema, que parece que se van a quedar solos. No se quedarán solos, porque ellos también irán al partido centrista cuando se les mande. Hasta ahora la orden es permanecer quietos. La táctica lo aconseja así.

El hijo prodigio de don Antonio Maura está de enhorabuena. Ha llegado al fin a ser la mitad de jefe de un partido y ministro del Trabajo, con la cabeza alba de tanto estudio. Ha llegado en gran hora y formando parte de un Gabinete histórico, de gran autoridad y prestigio, impuesto por el clamor público.

El hijo prodigio de don Antonio Maura lleva una gran carrera política.

Sólo ha tenido una leve contrariedad. La de no ser ministro de Estado, que es para lo que él estaba preparado. No sienta impaciencia don Gabriel Maura y Gamazo, que años le quedan por de ante para llegar a la cartera de Estado.

EL PARTIDO CATALANISTA REPUBLICANO

La creación del partido catalanista republicano es un nuevo triunfo del espíritu democrático de Cataluña que no podía faltar en estos momentos. Contra los que han querido falsear la actitud de la intelectualidad y del proletariado catalán presentándolo como instrumentos dóciles de un catalanismo egoísta y estrecho, surge la voz de la Cataluña auténtica, de la mejor y más fuerte—la Cataluña de siempre—, dándoles un mentís y una lección.

Al leer el manifiesto-programa del nuevo partido observamos cuán lejos está todo esto de aquel lliguismo de patronos y negociantes, de aquel corro regionalista bien avenido con la Dictadura, de este Cambó y de aquellos otros grupos burgueses disfrazados de liberales.

El partido catalanista republicano, formado por Acció Catalana Republicana de Barcelona y las entidades similares de las cuatro provincias, no depone en un solo ápice su aspiración legítima (que compartimos todos los republicanos españoles) a la autonomía integral de Cataluña. Pero la quiere de la única manera en que puede quedar garantida definitivamente: en función del liberalismo y la democracia de una estructura republicana. De una república nacional. De un Estado donde «la autonomía de las personas naturales colectivas—región, comarca, municipio—sea respetada». Y donde la solidaridad económica y social sea fruto de un sistema de derecho que en ningún caso pueda estar a merced de un poder irresponsable o de una oligarquía anónima.

Sobre estas bases reanuda su labor el republicanismo catalán y se prepara a la lucha política. No es dudoso el porvenir triunfal que le espera, pues a él han de ir a parar más tarde o más temprano todos los sectores liberales de Cataluña, incluso los que todavía no han decidido su filiación nominativa.

En el manifiesto-programa se hace constar con certero sentido político que «la relación de los partidos catalanes con los partidos principales de España no ha de establecerse por una comunidad de organización, ni por la creación de organismos mixtos; ha de ser una relación entre organismos completos, distintos e independientes, de constante coincidencia».

ideas políticas

LA GUERRA SOCIAL

por JAVIER BUENO

Guillermo Ferrero ha dicho en artículos y conferencias que el mundo puede dormir tranquilo porque nunca estuvo más lejano el peligro de la guerra como está ahora. Y para mejor calmar nuestra inquietud, Ferrero pasaba revista a las posiciones de los diferentes países, los que, según él, no pueden pensar en recurrir a las armas para realizar sus objetivos nacionales. En efecto, enfocado el tema desde el ángulo en que se coloca el comentarista italiano, parece descartarse la posibilidad de una guerra nacional. Pero apenas nos situamos en otro ángulo, comprobamos no sólo la posibilidad, sino también la inminencia. No se trata aquí de optimismo o pesimismo; nuestra conclusión es la resultante de hechos que tienen un valor específico. Quiera el lector acompañarme en el análisis.

Las guerras, todas las guerras, tuvieron un único dinamismo íntimo, a saber: la razón económica. Primero fue el hombre contra el hombre, es decir, el que ambiciona una cosa contra otro que la tenía. Después, la tribu contra la tribu por la posesión de rebaños o la ocupación de tierra más propicia al pastoreo. Luego, pueblo contra pueblo, burgo contra burgo, señorío contra señorío, reino contra reino... nación contra nación. Mas desde el momento en que intervienen en la batalla bandos beligerantes, la ganancia que se disputa no es para todos los combatientes vencedores, sino para el que manda, el jefe, el que decide de la paz y de la guerra. El jefe fue sucesivamente el guerrero más audaz o más ladino, el señor que logró someter a los siervos, el rey que se impuso por toda suerte de argucias y fechorías la minoría dominante de nuestros tiempos modernos, por el capital. Ese proceso morfológico de las guerras que bosquejamos en síntesis, no se hizo claro para los hombres hasta que el marxismo dió la interpretación económica de la Historia. Provistos de tal reactivo, descubrimos que los distintos exponentes con que se movilizó a los hombres para las guerras eran sólo continentes falaces con un contenido económico. Esos enunciados fueron necesarios cuando no bastó la voluntad todopoderosa e indiscutida de quien movilizaba. Así el guerrero audaz y ladino invocó la honra de la tribu; su directo heredero e hijo espiritual, el señor feudal, arengó a sus siervos con el honor de sus armas; el rey, con la gloria de sus estados; la minoría dominante de la época moderna, con el honor nacional: la patria... Y siempre el enunciado religioso se mezcló a los otros. Todos los dioses tuvieron sed de sangre humana. El fanatismo era factor determinante en los soldados, mas sus jefes supremos, señores feudales, pontífices, reyes, minorías dominantes, sabían a qué atenerse. Lo que les importaba era el botín de los herejes, la tierra, los rebaños, el oro de los infieles, las riquezas de los que no creían en sus dios. Poco les habría importado la perdición de sus almas si no hubiera poseído bienes terrenales contantes y sonantes. Con el tiempo, y en fuerza de usarlos demasiado, todos los enunciados, honra de tribu, honor de las armas, religión, honor nacional, patria, que ocultaban el único determinismo de las guerras, perdieron eficacia para movilizar a los combatientes, y así fue preciso encontrar otros: Derecho y Civilización.

Los distintos enunciados fueron, claro está, apropiados a la forma de la guerra. Simplistas en la guerra de tribus,

se complicaron en las guerras entre estados feudales, y aún más en las guerras entre naciones. Era obligado que en la guerra última, entre bloques de naciones, recurriera a otros de apariencia más ecuménica. La evolución siguió una trayectoria bien precisada hoy; a medida que el botín, objetivo económico de la guerra, llegó menos a los combatientes, el enunciado se hizo más difuso, la retórica, más rimbombante, más tabú. El jefe de tribu podía decir: «El rebaño de la tribu enemiga será para nosotros», porque algún corderillo caería en manos de su gente. Pero cuando todo fue para el señor, rey, pontífice o minoría dominante, convino advertir al soldado de que había de conformarse con la gloria de haber defendido a su dios, a su patria, el honor nacional, la civilización, el derecho. De ese botín estaban dispuestos a darle todo lo que quisiera; del otro, nada.

En este punto volvemos a encontrarnos con Ferrero. No, no será ya posible otra guerra con esos enunciados. Para la que viene habrá que encontrar otros. Ya veremos más adelante cuáles son. En efecto, parece descartarse la posibilidad de una nueva guerra nacional no sólo porque la interpretación económica de la Historia ha ganado muy grandes zonas sociales ayudándonos a descubrir la falacia de los viejos enunciados movilizados de ejércitos, sino también por la compenetración de los intereses de las minorías dominantes en las naciones que deciden la paz del mundo. No puede haber guerra entre nación y nación si las minorías dominantes en ambas están ligadas por un interés económico común. En 1914 fue la guerra entre grupos de naciones con dos intereses económicos opuestos. Pero desde la paz, por efecto de que los vencedores se «interesaron» en la economía de los vencidos, quedó borrada la división. Las minorías dominantes son deudoras y acreedoras mutuas, y están de acuerdo en que es preciso la buena armonía de todas para sacar el mejor provecho en la explotación bien entendida de cuanto poseen. Los Bancos han fundido los intereses de todos los capitalistas por encima de las fronteras, y la resistencia de grupos económicos nacionales que todavía no se han dado cuenta de la evolución no tardará en ser vencida. Poco a poco se impondrán los trusts, los carteles y los consorcios internacionales de la industria, de la agricultura, de los transportes. Y ocurrirá a los grupos económicos nacionales recalcitrante, lo que ocurre al pequeño taller o al pequeño comercio que se resiste a desaparecer ante la fábrica racionalizada o el almacén babilónico. Esa es la perspectiva. Existen dificultades pero ya se trata de vencerlas en conferencias económicas, conferencias de relaciones comerciales, conferencias de comunicaciones y tránsito, conferencias para la unificación de sistemas policíacos, y tantas otras que para el gran público no pasan de ser vagas divagaciones sin objetivo positivo. En realidad, son las tentativas para el acuerdo entre tantos factores que se oponen a él. Se trata de ensamblar todas las piezas del puzzle económico del mundo capitalista. Después...

Después, la paz, dice Ferrero, puesto que las minorías dominantes ya no son adversarias y que de su heterogeneidad se ha hecho un bloque homogéneo. Aquí nace nuestra inquietud. El bloque de las minorías dominantes capitalistas que se estaba haciendo para mejor explorar en su provecho, está muy próximo. El ritmo de su formación se acelera. Lo que

determina la precipitación es la necesidad de organizar la guerra social.

Ha surgido en el punto de unión de Europa con Asia otro interés económico: el del proletariado. Contra ese interés económico se arma el interés económico capitalista. Entonces vemos con qué premura intentan las minorías dominantes resolver sus viejos pleitos. Ya no son rivales, sino aliadas. Ya se hacen cargo unas de la razón que asiste a las reivindicaciones de las otras. ¡Hay que echar pelillos a la mar! Hay que llegar al acuerdo lo antes posible. Que el corredor de Dantzig no sea obstáculo; que tampoco lo sea el Rhin; que deje de ser dificultad éste o el otro pueril rencor que en otros tiempos servía para encender la guerra nacional; no conviene seguir peleando por unos cuantos barcos o cañones de más o de menos... ¿No van a servir todos los barcos, y todos los cañones, y todas las ametralladoras para lo mismo? La lástima es que el Tratado de Versalles impidió a Alemania tener un ejército como el que tenía en 1914. ¡Bah! ¡Habrá que declarar que Alemania tiene derecho a la igualdad! Del reparto de las colonias ya se hablará luego; ahora urge la armonía, el bloque. Y las gentes sencillas aplaudirán gozosas creyendo que todo esto es para la paz, para que, como dice Guillermo Ferrero, duerman tranquilas suponiendo inexistente el peligro de la guerra. Y si alguien descubre que esos preparativos son para ir contra Rusia soviética, nada más fácil que contestar: «En efecto, pero es para asegurar la paz, porque Rusia soviética es la que la amenaza. Rusia es la que enciende la revolución en todas partes, la que produce la perturbación económica en los mercados con el dumping, la que tiene la culpa de que sufran miseria más de 20 millones de obreros sin trabajo. Con todo esto no puede haber paz, y vamos a ver si la logramos con nuestros acorazados, cañones, ametralladoras, tanques, aviones.» De ahí surge ya el nuevo enunciado con que las minorías dominantes intentan movilizar a los pueblos para una guerra contra el interés económico del proletariado. Se trata de dar con el continente que oculte el verdadero contenido; esto es, su interés de minoría capitalista. Será Civilización, Libertad de conciencia, Democracia, Pan para los obreros parados, Paz. Todos esos ingredientes harán el lema para la guerra contra Rusia soviética. Es preciso ser muy miope para no ver los primeros ataques. Recapitulemos.

Inmediatamente después de la Revolución de octubre, el capitalismo mundial creyó que el proletariado no lograría reconstruir la economía rusa. Le faltaban técnicos, su agricultura era menos que rudimentaria, los soviets no podrían echar mano de los elementos directivos más afectos al régimen capitalista, en el que eran parte de la clase burguesa. Además, no tenía herramental industrial, se encontraba sin medios de transporte, sin caminos, sin vías férreas, sin locomotoras, que todo había sido arruinado por la guerra. ¡En verdad que todo intento de reconstrucción sobre tales escombros parecía el sueño quimérico de utopistas! El capitalismo mundial tenía razón para esperar que toda la construcción soviética en proyecto se viniera abajo. No era preciso, pues, ayudar a su derrumbamiento. Cuando el pueblo ruso no tuviera qué comer, ni techo, ni vestidos, se rebelaría contra el leninismo y el capitalismo podría instalarse de nuevo en la Rusia de los zares. La consigna de los capitalistas fue no dar nada a los soviets, negarles el agua y la sal. La propia Alemania gobernada por Ebert, Noske y Scheidemann obedeció, mejor dicho, se sumó al capitalismo de la Entente, el capitalismo alemán redivivo, porque la Revolución de noviembre quedó anulada en la Constitución de Weimar. No era necesario—dijo—sino el boicot económico capitalista para que la construcción socialista rusa fracasara. En 1921 era cosa de días y los periódicos capitalistas tenían preparado el molde de la esquila mortuoria como preparan la biografía de todo personaje cuando sabe que está enfermo. En 1921, la mala cosecha diezmó al pueblo ruso. ¡Magnífica ocasión para el capitalismo! El acontecimiento se prestaba a desacreditar la doctrina socialista, que «sólo servía a dejar que los hombres murieran de hambre». De otra parte, la caridad capitalista se apresuraba a mandar a Rusia misiones de socorro,

delegaciones de la Cruz Roja o con otras etiquetas altruistas para distribuir algún pan y más consejos de contrarrevolución. Pasaron los días, las semanas y los meses; el pueblo ruso no se rebelaba contra los soviets.

Para explicar esta «pasividad», los periódicos capitalistas dijeron que el retraso obedecía a que los dictadores de Moscú se imponían por el terror, que disponían de regimientos chinos para dominar cualquier tentativa de rebeldía de un pueblo de 200 millones de hombres. Todo consistía en poder dar al pueblo ruso alguna ayuda para luchar contra los regimientos chinos. Entonces, los caritativos capitalistas compraron cañones, bayonetas, ametralladoras, reclutaron de grado o por fuerza a rusos emigrados, a polacos, a checoslovacos, al mando de oficiales zaristas y de jefes de la Entente, y enviaron las expediciones de Denikin, Yudenitch, Wrangel, Koltchak. (Ya sabemos algo de lo que fue el socorro de estas expediciones al pueblo ruso: en Ucrania se fijaron bandos de las tropas blancas que decían así: «Todo obrero o campesino que no salude a un oficial será ahorcado en el acto y quedará colgado durante tres días para ejemplo de los demás.») Fracasaron las expediciones militares. Los restos de los ejércitos expedicionarios quedaron en hordas de mendigos que nadie quería tener. Todavía hay en Grecia, en Servia, en Turquía, despojos de aquellas tropas blancas: son los llamados «refugiados», que están en reserva para lo que se prepara. La explicación del fracaso de las tentativas militares fue ésta: «Los campesinos rusos han creído que la desaparición de los soviets implicaba para ellos la devolución de las tierras que recibieron con la revolución. Por eso no han hecho causa común con las tropas expedicionarias.» La solución estaba en esperar a que los campesinos propietarios de la tierra fueran lo bastante fuertes para substituir el régimen comunista por el capitalista. Una vez que se hubiera formado la clase de propietarios rurales, era cosa de coser y cantar. Y pensaban *in pectore*: «Hemos sido unos tontos al asustarnos: la restauración del régimen capitalista vendrá por sus pasos contados. Lo mismo que la Revolución francesa dejó escapar el objetivo económico, le ocurrirá a ésta cuando se creen los nuevos núcleos capitalistas. La única diferencia consistirá en que no han de ser los capitalistas de la época zarista, sino otros; pero, para lo que importa al régimen, esto no ha de ser obstáculo.» La nueva política económica (NEP) que Lenin implantó con una habilidad estratégica admirable, acabó por convencer a los capitalistas de que estaban contados los días al comunismo. Y para hacerlos más cortos, el capitalismo ideó sabotear las obras de construcción colectiva. El fracaso de éstas y el éxito de las iniciativas privadas aceleraría la restauración del capitalismo. Ingenieros alemanes agentes del capitalismo mundial que habían sido contratados por los Soviets se encargaban de impedir el desarrollo de la industria. Se les descubrió y purgan hoy el crimen para que fueron sólo instrumentos; los autores estaban en París, en Berlín, en Londres... Muerto Lenin, los capitalistas creyeron en la discordia entre los dirigentes de los Soviets. Encizaron cuanto pudieron, y de no haberse impuesto la disciplina de un partido bien saturado de la doctrina socialista, acaso hubieran acertado. Consoláronse con la esperanza de que el *kulak*, nuevo propietario rico rural, vencería al cabo. Más he aquí que de pronto se inicia la ofensiva contra el *kulak* y empiezan la colectivización y la soviétización de la tierra. La resistencia armada de los *kulaks* renueva las esperanzas del capitalismo, pero bien pronto han de rendirse a la evidencia. Los campesinos pobres escuchan a los organizadores de la colectivización y no se dejan engañar por el *kulak*. La superficie de tierra cultivada aleja todo peligro de nuevo período de hambre. Y cuando el capitalismo mundial había de ver derrumbarse el comunismo en Rusia, el Congreso de los Soviets aprueba el plan quinquenal. Ya se ha desvanecido toda esperanza; el interés económico del proletariado se atreve a querer triunfar. No queda otro remedio que la guerra. Si NUEVA ESPAÑA quiere dar hospitalidad a la continuación de mi discurso otro día, diré cómo se anuncia.

HECHOS Y PALABRAS

Cómo habla el Papa. Cómo contesta el pueblo

El Papa acaba de promulgar una encíclica contra la limitación de nacimientos. Entre otras cosas dice el jefe de la Iglesia católica:

«El fin principal del matrimonio es criar y educar a los hijos. Pero hay quien se atreve a declarar la sucesión como una carga y llega hasta a aconsejar que los esposos deben limitar los hijos por medios antinaturales. Semejante crimen es aceptado por algunos que sienten aversión contra la bendición de los hijos, y por otros cuya situación económica les hace difícil la carga de los hijos.

«Pero no hay ninguna razón que pueda justificar semejante pecado contra naturaleza.

«El deber para con Dios no puede ser burlado por razones terrenales.»

En semejante tono siguen varias páginas inspiradas por gracia divina al Papa.

Pero una Revista alemana, la «A. Y. Z.», ha hecho una encuesta entre varias mujeres trabajadoras de Alemania, en la que se les pregunta qué les parece la encíclica del Papa. He aquí trozos de algunas de las contestaciones.

Ana Gras, encuadernadora, treinta y ocho años. Berlín. Ha contestado:

«A mí no puede hacerme ningún reproche el Papa... He dado trece hijos al mundo. Tres muertos al nacer. De los diez restantes han muerto tres. Dos los

Ya de nuevo...



he llevado a la Inclusa. Ahora me encuentro con cinco hijos pequeños y su padre parado forzosamente. Tengo una habitación y una cocina para todos, sin luz y sin ventilación...

«Yo deseo presentarle al Papa un par de preguntas: ¿Qué ha hecho el Papa y la Iglesia para preservar a nuestros hijos del hambre y las enfermedades? ¿Cómo puede el Papa condenar la limitación de nacimientos si no condena la explotación económica que se hace de las madres?

«Es, naturalmente, más fácil sentarse en un lujoso palacio y dictar encíclicas, que contestar a mis sencillas preguntas.»

Francisca Ferz, metalúrgica, veintiocho años. Berlín.

«Si yo estoy en condiciones económicas de tener un hijo, lo tengo. Si no, ya sé lo que debo hacer. Lo que ordena el Papa nos importa un pito. Debiera él vivir como nosotros, cuatro hijos y el hambre a la puerta, y entonces podría darnos consejos. También se vuelve el Santo Padre contra el trabajo de las mujeres. ¿Cree el Santo Padre que trabajamos por gusto? Un obispo católico gana 400.000 marcos al año; si nuestros maridos en vez de ser parados forzosos ganaran la centésima parte, no necesitaríamos nosotras agotarnos en el trabajo hasta la muerte o someter nuestra vida al ritmo de las máquinas.»

Lotte F., cincuenta y dos años. Berlín.

«Es una infamia que el Papa se vuelva contra la limitación de los nacimientos. Mis hijos nacieron de la pobreza, yo no tenía ni qué darles de comer ni una vivienda donde pudieran respirar. Llegaron a ser mayores entre la privación y la pobreza. En 1914 supe yo para qué, para que murieran en el campo de honor. Mis dos hijos, que entonces tenían dieciocho y diecinueve años, murieron asesinados por las armas que bendijo el Papa. ¡Y el Papa exige de nosotras, ahora, que sigamos pariendo hijos!»



En la «Unión de las Repúblicas socialistas», los hijos de los trabajadores no mueren de hambre, ni se vuelven tuberculosos por falta de aire. He aquí una Residencia de hijos de trabajadores en Moscú. En Rusia no es necesaria la encíclica del Papa.

¡Inaudito! Cuando leí negro sobre blanco que mis hijos habían muerto comprendí muchas cosas.»

Grete, Falzeriu, Berlín.

«¿Parir hijos? ¿Para el hambre y la guerra? ¡Están frescos los señores! Si mis hijos pudieran comer a la mesa del Papa, con gusto. Pero tan lejos no va el amor cristiano.»

Elise Calze, metalúrgica, veintiocho años. Berlín.

«El Papa, que ha estado siempre contra la clase trabajadora, no tiene derecho a dictarle órdenes de ninguna especie a las mujeres trabajadoras.»

EL CAPITAN SANCHO

por J. RUVILLA

El Castillo de Montjuich ya cuenta con otra víctima más en su extenso victimario. El capitán de Ingenieros don Alejandro Sancho.

Es la segunda baja absoluta, la segunda muerte causada por él desde que, en el año 23, la fuerza suplantó al derecho.

Esta frase, que se ha acomodado ya entre los tópicos políticos usuales, es de un dramático realismo. Suplantó hasta el derecho a la vida, que es el derecho primario del hombre. Pruebas irrefutables son estos dos nombres: el capitán don Isidoro Heredia, de Artillería; el capitán don Alejandro Sancho, de Ingenieros. Uno y otro ingresaron saludables en sus celdas. Uno y otro salieron de ellas para salir también de este mundo. Tuberculosis pulmonar, el primero. Una afección al riñón, considerablemente agravada durante los cuatro meses de prisión, el segundo. Montjuich les ha matado. No lo olvidemos nunca.

El capitán Sancho era un espíritu altamente liberal. Y un cerebro firme. Y una inteligencia clara. Y un corazón noble.

Por sus conocimientos técnicos le requerían las Empresas, y el puerto

franco de Barcelona le consideraba como uno de sus ingenieros más valiosos. Por su bondad, nunca desmentida, era querido de todo el proletariado barcelonés. Por sus arraigadas convicciones liberales, era respetado por toda persona digna.

Es interesante cargar el acento sobre esa expresión. Su liberalismo. Es interesante porque, aprovechándose de la anormalidad del momento, algunos periódicos se complacen en tachar de comunista al fallecido capitán. Insidia fácil de lanzar cuando al adversario no le es posible probar documentalmente su falsedad.

El capitán Sancho no era comu-

EX-LIBRIS ARTISTICO, por Lorenzo Brunet.



Núm. 25 de la colección de la vieja política.

nista. Al asegurarlo, lo hacemos solamente para restablecer la verdad, no porque nos asuste un ideario hacia el que se orientan nuestras simpatías. El socialismo integral, ayuno de egoísmos, henchido de moralidad verdadera, no puede asustar más que a gentes de mentalidad limitada o de pasiones inconfesables. No es limpio el juego de presentarlo como doctrina de destrucción, cuando es innegable su contenido constructivo.

Alejandro Sancho, repetimos, no era comunista. Lo prueba el párrafo que a continuación reproducimos: «En nuestras columnas—dice «Solidaridad Obrera»—ha colaborado con frecuencia, y en ellas no ha escrito jamás un comunista.» Vean por estas palabras, los diarios reaccionarios, cómo pueden destruirse sus afirmaciones gratuitas y vean los lectores de esa clase de Prensa lo que pueden fiar en sus informaciones tendenciosas.

Alejandro Sancho ya no existe. La causa de la libertad ha perdido uno de sus mejores paladines. Mas la semilla que sembró en tierra barcelonesa, será fructífera. Y su recuerdo alumbrará el camino que él no pudo andar.

El pensamiento de Alvaro de Albornoz y unas cuantas imágenes que lo expresan

por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

En junio de 1929 apareció un libro polémico titulado «El Partido Socialista ante la realidad política española», debido al ardor militante de Gabriel Morón, destacado y joven socialista andaluz. Eran los días en que más apasionaba a la gente la actitud del partido socialista obrero. Se había formado un frente único contra la primera Dictadura y en aquel vasto ejército de la democracia—desde las viejas oligarquías gubernamentales hasta el más intransigente republicanismo histórico—no formaban las organizaciones socialistas. La colaboración de sus hombres en alguna de las funciones públicas en que la Dictadura cobraba más crédito, y sus vacilantes tácticas, incluso en orden a adoptar o rechazar intervenciones capitales en la política facciosa que mandaban hacer Primo de Rivera y sus asistentes, traía sublevadas a muchas conciencias liberales. La diatriba, la agresión, la repulsa, era el plato del día que servían los demócratas, los republicanos españoles a algunos dirigentes del partido socialista obrero. Y muchos socialistas también, y prestigiosos como Gabriel Morón, llevaban a la calle, mesurada pero buida, su discrepancia y su acusación.

A ese libro de Gabriel Morón le puso prólogo Alvaro de Albornoz, republicano radical de toda la vida. Conviene, para fijar la ecuanimidad de su temperamento, batido por las discordias de la época, y la clara visión que tenía del futuro, amurallado de tiranías, estas palabras del prólogo aquel:

«...es injuriar por injuriar. En ese terreno renunciamos a discutir. Por respeto a nosotros mismos y por respeto a hombres ofuscados que en otras ocasiones estuvieron en los puestos de peligro. Y por amor a la obra de mañana, socialistas y republicanos de la izquierda hemos de recorrer en «entente cordiale», si no el mismo camino, caminos paralelos; hemos de ser los aliados de la gran lucha civil que se está fraguando. En vez de denuos, hay que lanzar ideas que permitan coincidencias futuras en la tribuna, en la Prensa y en las calles.»

Así pensaba, y acertó, Alvaro de Albornoz, en junio de 1929.

Luego acertó también en muchas cosas. Entre ellas, con la fundación del Partido Republicano Radical Socialista, en cuya iniciativa y formalización, en la actualidad espléndida, participaron eficazísimamente Marcelino Domingo, José Salmerón, Angel Galarza, Juan Botella, Artigas Arpón, Gordón Ordás, Javier Bueno y Joaquín Arderius, animador febril de la forja cuando saltó la idea, como chispa revolucionaria, en aquella nun-



Don Alvaro de Albornoz

ca solitaria galería de presos políticos.

Ya en pie el P. R. R. S., Alvaro de Albornoz enarboló el primero—septiembre de 1930—la bandera abstencionista. En aquella hora, la abstención elevada a mandato era cerrar a la acción política todos los caminos menos uno: el de la revolución. Visión certera la de este hombre tildado por entonces de audaz, de romántico. Los acontecimientos obligaron a que hasta el conde de Romanones se declarase abstencionista.

Ya os hemos presentado al político. Hemos querido resaltar dos de sus actitudes que le acreditan facultades «ópticas». Sus opiniones, como hemos pretendido probar, son de trayectoria larga. Y es buen tirador. Difícilmente marra el blanco. Atención. Comienza a disparar.

El candelabro de los cuatro brazos

—A los fines de reunir unas Cortes ¿qué ventajas reconoce usted en el Gobierno del almirante Aznar sobre el del teniente general Berenguer?

—Ni a los fines de reunir Cortes, ni en ningún respecto ofrece el Gobierno del almirante Aznar ventajas sobre el del teniente general Berenguer. Antes por el contrario, el conflicto con que tropezó Marte se agrava en los dominios de Neptuno. Este almirante conduce una Armada de buques encallados desde el año 1923, todos los cuales hacen agua. En ellos vuelven los viejos pastores, los ancianos pródigos que estuvieron a punto de ahogarse y ahora se agarran a las brasas del incendio. Naufragarán definitivamente a la vista del puerto.

Desde el punto de vista político-práctico—prosigue Alvaro de Albornoz—, unas Cortes convocadas por el actual Gobierno son todavía más difíciles que las que pretendió reunir Berenguer. Porque éste podía contar con la oposición convencional de los viejos políticos, mientras que ahora todas las tribus se hallan acampadas en el Poder, con lo que no hay posibilidad ni de un simulacro de combate. Serían unas Cortes absolutamente homogéneas, en que la uniformidad de papeles frustraría la comedia parlamentaria. Sólo sería posible el monólogo gubernamental.

—Este Gobierno, por tanto, ¿no es apto para dotarnos de Parlamento?

—En medio de la obscuridad que cierra el horizonte a este marino que pretende conducir la nave del Estado a puerto seguro, el actual Gobierno es el candelabro de los cuatro brazos. Uno de ellos ilumina, en la dilatada perspectiva histórica, el amplio sector semita, que señorean el judaico Camibó y Cierva el bereber, seguido de sus arnaeces Bruno, Ojo de Perro, el Leproso y el Cananeo... Otro de los brazos destaca el sector picaresco en que domina el conde de Romanones, Pablillos estadista, asesorado por toda la fama quevedesca. La astucia y la marrullería galaica se reflejan en el bugallalismo, espíritu recalcitrante de mendicidad. Y la sombra del Alhucemismo evoca los pajes y validos de los Austrias.

Abstención electoral y acción revolucionaria

—¿Cree usted suficiente la abstención electoral para imposibilitar la consolidación del régimen?

—Rechazar las actas—nos responde—es un bello gesto; pero está bien demostrado que el absolutismo puede vivir sin Cortes. La abstención parlamentaria no es nada sin la acción

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

directa. Ya lo decía Nakens. La abstención electoral enrarece el ambiente político. Pero nuestros viejos pastores son de tal modo adaptables, que lo mismo pueden vivir dentro de la campana neumática... que en la famosa gruta del perro. Les es igual el vacío que el más denso ácido carbónico. Organismos así son invulnerables a todo.

El superhombre de la Rambla de los Pájaros

—¿Qué representa, en este complicado mecanismo, ese partido centrista que organiza don Francisco Cambó?

—En el actual confusionismo político, con una mecánica constitucional rota, sin más derecha que el cerrilísimo conservador ni más izquierda que el liberalismo claudicante, ese partido centrista, *fraguado* en un hotel de moda, entre rastacueros y *parvenus*, no puede representar sino lo que representa su jefe, el señor Cambó. Y esto no es un secreto para nadie. Hace ya mucho tiempo que este perfil de pájaro—mitad aguilucho, mitad buho—se cierne sobre la política española. Todo el mundo sabe que este almogávar fiero no esgrime más arma que el libro de cheques. Ha convertido el *corpus* de sangre en... la feria de los *discretos*, y las célebres «bases de Manresa» en modelo de Estatutos de sociedad anónima. Gran simulador de modernidad, es el ruralismo catalán en lo que tiene de más ancestral. Vestido con deslumbrante ropaje ultramoderno—cosmopolitismo, alta finanza, capitalismo audaz—, es el alma del señor Esteve.

El partido centrista—continúa Albornoz—hará muchos y buenos negocios, si le dejan. Si le permiten, «estabilizará», por lo menos, al señor Cambó.

El tribuno en Palacio

—Si las circunstancias reproducen la crisis que acudió a las prisiones en demanda de remedios, ¿qué solución prevé usted del problema?

—Si se reproduce la crisis de cuya



Me congratulo, general

tramitación lenta salió el Gobierno actual..., se reproducirán, seguramente, los episodios que acompañan siempre a crisis de esa índole.

El repique constituyente

—Bergamín ha profetizado que sólo habrá Dictadura o Constituyentes, ¿qué opina usted?

—Las verdaderas asambleas constituyentes son las post-revolucionarias, las que se reúnen para *construir* después de haber *derribado*. Y las asam-

bleas constituyentes, cuando no son una parodia ridícula, como la mayor parte de las españolas, son cosa muy distinta de lo que, al parecer, se imaginan los que buscan expedientes, paliativos, frenos, válvulas...

Nos animamos. Albornoz ha puesto

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

el dedo en la llaga. Preguntamos ansiosamente:

—¿Quiere usted clasificarnos las Constituyentes?

—Las asambleas no son nunca un bálsamo; son siempre un *revulsivo*. No resuelven problemas; *agravan* unos y *suscitan* otros. No son nunca un *epílogo*; son siempre un *prólogo*. No son nunca un Jordán; son siempre un Rubicón. No cierran jamás una época; la inauguran. Los constituyentes, los verdaderos constituyentes, no son, ni pueden serlo nunca, los epígonos...

Dictadura o República

—¿Luego el dilema de Bergamín?

—El dilema de Bergamín, Dictadura o Constituyentes, no expresa, a mi juicio, la verdadera realidad política española. La Dictadura es el camino del golpe de Estado, no es el camino de las Constituyentes. De la Dictadura—descarada y cínica o solapada y cobarde, brutal o insidiosa, corruptora o violenta, militar o civil—no se saldrá sino para entrar en la República.

Y nada más. En realidad, no ha sido poco.

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas.

DE ESPAÑA A EUROPA

por A. HURTADO DE MENDOZA

Va para años que en España ha florecido una juventud antiespañola. Pero alto aquí: hemos escrito juventud antiespañola, y es esta una acepción que requiere parada inmediata. Hablar de una juventud antiespañola, así, a secas, en las actuales circunstancias de la vida nacional, es empresa demasiado temeraria. Veamos: para el español medio, aferrado a la tradición, archirrezumante de tradición, tanto como si dijéramos «cerrado a la banda», antiespañol es todo aquel que, ahogándose en el ambiente nacional, se empina sobre los talones y otea el panorama—social, económico, industrial, intelectual, artístico—de Pirineos arriba. Es decir: el individuo que, sin perder su condición de español, pugna por hacer desaparecer las líneas fronterizas que el español medio se obstina en mantener enhiestas, haciendo de su patria una *aldea*. De sus habitantes, no unos hombres universales y europeos, sino unos *lugareños*.

Empresa harto desagradable, por cierto, para el español medio que, fuera del lugar que habita, niega las excelencias del resto del Universo.

El español es un pueblo pasional. La pasión requiere, para existir, un inmediato contacto con la materia (1). Si no existe este inmediato contacto entre el sujeto y el objeto, no hay pa-

sión: hay idea. Cuando entre el sujeto y el objeto tercia una determinada distancia, florece la idea. El español es eminentemente pasional. El hecho de que para *admirar* un dibujo, una foto, un grabado, tenga que manosearlos, tocarlos con insistencia, dice mucho. El hecho de que para *leer* un libro tenga que destrozarlo, dice mucho también. Pero, a su vez, la proximidad entre el sujeto y el objeto deja muy escaso espacio para que penetre la luz: la idea. El francés procura siempre alejarse de las cosas. De aquí que posea sobre ellas un magnífico caudal de *ideas*. El español es el hombre que marcha por la vida con mayor lastre de prejuicios: de oscuridad. Ama a su nación con pasión, aún mejor, a su provincia, a su pueblo, a su

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

familia, a su «peña», excluyendo de su amor todo aquello que no le es inmediato: el Estado, por ejemplo.

Perfectamente. Como el español entre su amor y las cosas que lo motivan no tercia una prudencial distancia, no tiene de ellas ideas, sino oscuridad: pasión.

El amor carnal en el español reviste caracteres alarmantes: ha de señorear a la hembra, tocarla, heñirla, «morderla como un perro». Nada más grosero, por decirlo así, como el amor erótico español. Nada, tampoco, más brutal, más pasional.

El amor del francés es un producto intelectual: un refinamiento.

El amor del inglés es una consecuencia de Fisiología e Higiene.

El amor del español es el precipitado—inevitable—de la acción, la pasión y el pensamiento. En todo momento ha de proclamar el burdo y clasicoide: «Señor de haciendas y corazones.» A un alemán no le perturba la vida la infidelidad de su compañera, porque para un alemán la mujer es «un juguete delicioso que o dura toda la vida o se rompe cuando menos se espera».

Gran empresa esta de arrojar al traste todos estos atributos de pésima psicología y lanzarse por el mundo a gozar de sus variados ambientes, sin detenerse ante líneas fronterizas. Gran empresa esta de «voronoffnizarse» de europeísmo: de universalismo. Zbikowski, con buen sentido moderno, afirma que no es sinónimo de pérdida

de nacionalidad española, hacerse ciudadano espiritual del Universo.

Zbikowski clama contra la asfixiante «saudade» lugareña que ahoga al español en cuanto adelanta un pie fuera de las líneas que limitan su patria. Esto es, ciertamente, lo que predica una egregia generación que, el español medio, en tono despectivo denomina *européa*.

En consecuencia, ser español de peso, a la antigua usanza, consiste—ni más ni menos—en vivir *de* la tradición, laborar *para* la tradición y morir *por* la tradición. Programa vital tan aldeano—como diría Ortega y Gasset—que hace de quien lo profesa un ser de horizontes espirituales sucintos, chabacanos.

¿No es un caso de antiespañolismo comer con vinos del Rhin teniendo en España los vinos jerezanos? Desde luego. ¿No es un caso de antiespañolismo zambullirse en el ambiente intelectual francés o en el científico berlinés, teniendo en España—a cada dos pasos—las tertulias intelectuales de los cafés? Desde luego. Pues, no señor. Nada de esto es antiespañol, afirma esta generación de hombres que no reconocen fronteras que limiten y constriñan al espíritu.

Es un hecho que el español es tradicionalista. Vive en éxtasis, paladeando el pasado. No *es*, pero se conforma con haber *sido*. No aspira a tener un Cervantes en presente, pero se conforma con el Cervantes *sido*. En el extranjero se le exige que «sea» en presente, que se desprenda de la tradición, que viva *hacia* delante. Este es enorme dilema—desprenderse de la tradición o vivir hacia delante—para el español y, por tanto, brota en su pecho, inundándolo, un torrente de «saudade» hacia su tierra. O sea: el llamado complejo de inferioridad.

En España la tradición conmina que ninguna joven—que aspire a llamarse señorita—puede ir a un bosque con unas amigas y amigos a merendar, sin el clásico apéndice de la mamá somnolienta. Muy bien: Manuel Patricio Moreno, en un bosque hamburgués, frente a la compañera de su amigo Hans Feder, aprovecha la primera oportunidad para soltarle unos besos piafantes de sensualidad. El prejuicio español que desautoriza a toda joven que, sin el vigía familiar, vaya a merendar a un bosque con sus amigas y amigos, ha triunfado sobre la norma de vida moderna que impera en Hamburgo, que ni quita ni pone decencia a una joven porque vaya con sus amigos a merendar a un bosque o nadar a una piscina o a bailar a

(1) Esta acentuación del carácter español es tan poderosa, que incluso se ha deslizado en un terreno con hitos tan severos, tan arcaicos, como el legislativo. «Matrimonio—dirá cualquier tratado de Derecho Natural—es la unión de varón y hembra para la mutua ayuda y procreación...» Es decir: que dos seres que quisieran unirse al margen de la obligada «procreación», les sería imposible hacerlo. Al extremo de que si se tuviere noticia de la impotencia de uno de los cónyuges, *a priori* de contraer las nupcias, éstas se prohibirían por la ley y por la Iglesia. A la impotencia *a posteriori* de contraídas las nupcias le concede la legislación española una importancia lamentable, cavernícola. Un matrimonio, por así decir, platónico no se concibe en España. Marañón ha escrito que los novios españoles no se conocen hasta la noche de bodas. Lo cual podría decirse en un argot deportivo: «En un cuerpo a cuerpo». De nada les ha servido lo que en francés se llama: «Tête-à-tête». Hay que fijarse también en una de las expresiones callejeras del español ante una buena mujer: «¡Me la comería a usted!». También es un fenómeno típico de España, en cualquier circunstancia, el sobeo grotesco a una mujer: «Manos muertas», suele llamarse. Si el español no fuera tan pasional, tan inclinado a saciarse de materia, ya habría desaparecido del mapa ese tipo de mujer voluminosa, de imponentes caderas y senos «montgolfier». En su lugar hubiera aparecido esta mujer europea, con todos sus encantos físicos, pero sin exagerarlos hasta lo repugnante.

un cabaret o a patinar a una pista. Bienvenido López—gijonés despañolizado—echa un capote de buen tono a la ordinariez de su compatriota; pero Manuel Patricio afirma—convencido—de que no es señorita la joven que se va a merendar a un bosque con sus amigos, sino una «suripanta». Aún ha de sellar mejor su educación española: Alicia le ofrece agua de un pozo en la concavidad de sus manos. Manuel Patricio le suelta una mordida en un dedo: «¡Ay! ¡Ay, me ha mordido como un perro!» O sea: lo que señalábamos antes, el español cuando ama, destroza. Proclama el principio de erótica española: «O para mí o para nadie.»

Manuel Patricio ante las magníficas muchachas hamburguesas exclama: «¡Todavía no han probado estas muchachas tan fuertes a un español!» Don José Ortega y Gasset ha escrito: *Pedir a un español que al entrar en el tranvía renuncie a dirigir una mirada de especialista sobre las mujeres que en él van, es demandar lo imposible.* Este buen español situado en Hamburgo cree que si las muchachas hamburguesas son desenvueltas, entran, salen, suben, bailan, hacen deportes con desenfado, es porque él todavía no ha hecho flamear su «potencia erótica». En cuanto lo haga las muchachas hamburguesas tomarán otro giro en su formación moderna: no saldrán de los naturales alifafes producidos por la «potencia erótica» del buen español Manuel Patricio. Sencillamente, él, sin ayuda de nadie, a fuerza de *performances* amatorias variará por completo la estructura de la educación femenina hamburguesa. Con lo cual prueba otro de los defectos de la psicología española: su egocentrismo. Creerse eje y centro del Universo para hacer y deshacer con sólo un gesto o ademán. Además Patricio Moreno es coterráneo de Don Juan de Mañara.

Ortega y Gasset ha visto en el ambiente español un exceso de chabacanería. Ha propuesto a la juventud: *universalizar la Universidad, desaldeanizar a España.*

Este achabacanamiento unido y sumado al egocentrismo del español, hacen de este ser en el extranjero un tipo «muy interesante», como dice Yasutaro Suda, el hombre científico. Pero bien sabemos el doble sentido de este «muy interesante».

Patricio Moreno acude a un cabaret y ante lo que en España es un problema: sacar a bailar a una joven desconocida, piensa poner en juego alguno de los recursos que en su tierra sirven para salir del paso: tropezar con la joven, pisarla, derramarle un vaso de cerveza por encima, dejarle caer la ceniza del cigarrillo por el escote... y en seguida el «usted dispense y tal», que es la puerta de en-

trada de una amistad. Patricio Moreno ante la posibilidad de perder el número está a punto de cometer alguna de las ordinarieces citadas. Su amigo López Luiña, que es su solícito peón de brega en echarle capotazos de buen tono, acude: «Ve a ella y con toda finura y distinción la invitas a bailar y aceptará.» En efecto: acepta, aunque—ya—Patricio, lastrado con su educación española, se había adelantado suponiendo que fuera una mujer pública o una cualquiera, puesto que se hallaba en un cabaret, sin apéndices familiares, con un grupo de compañeras. López Luiña afirma que *eso* es muy ridículo. En Hamburgo no se pide la célula a nadie para bailar o pasar un buen rato. En España, sí, desde luego.

La vida de Manuel Patricio, que Alfonso de Zbikowski nos presenta en Hamburgo, es un continuado tropezar

con todo lo que se llama moderna civilización. Patricio no sale una vez de la situación burda de quien se ha formado entre cuatro fronteras, sin querer alzar la vista, aferrado—como la tortuga al caparazón—a lo que en España se llama *terruño*.

Sería demasiado suponer que la mujer es todo sexo. La Biología moderna ha probado que es mitad y mitad. Que el sexo en su vida psíquica juega un papel importante, de línea preferente, es una verdad. En la actual sociedad les es permitido encauzar su vida—casi—al margen de la sexualidad como tema preferente: ocupaciones intelectuales que reclaman toda su actividad, toda su energía. ¿Pero de esta manera se habrá asegurado—la mujer—de un brote súbito de su sexo constitucional? Wanda Koenig es la compañera intelectual del científico



RUSIA. Una clase en la Universidad.

Yasutaro Suda, quien ve en ella un cuerpo en el cual se encierra un alma que a él toca moldear. Perfectamente. Pero por qué no permitir que ese cuerpo vibre de voluptuosidad junto al de Manuel Patricio, tostado por el sol de su tierra?

Wanda y Yasutaro están en un café hamburgués. Entra Patricio y ocupa una mesa contigua: es la primera vez que pisa un gran café de la ciudad de Hamburgo. Con él, por así decirlo, ha penetrado la cerilla que prenderá fuego a la sexualidad de Wanda. (...«y ya no pude más, le brindé, sin que tal vez—exclama Wanda—él lo notara, la copa que llevé a mis labios.») Un caso perfecto de *donjuanismo*. Patricio no ha hecho nada por distinguirse, no se ha insinuado, no ha dirigido miradas de «español especialista» y, sin embargo, Wanda lo ha distinguido, se ha prendado de él:

con locura y pasión. («¡Qué obsesión la mía por este hombre del que tan poco sé! Esto no es normal, pero estoy segura que es algo más que impresionismo o debilidad, eso es amor.») La razón—intelectual—que hasta aquí había dominado al instinto sexual de Wanda sufre su *Wartelóo* correspondiente. Wanda se lanza por todo Hamburgo a buscar a su hombre: por cafés, agencias comerciales, academias de lenguas. Cada nueva decepción es motivo para que en ella brote una mayor esperanza en capturarle muy pronto. No obstante, varias circunstancias fortuitas se interponen y Wanda vuelve a su compañero intelectual, Yasutaro. La razón ha restablecido su imperio sobre el instinto. Ahora, como nunca, quiere ser su compañera intelectual.

Buen giro este que Zbikowski da a la pasión erótica de la mujer, que pese

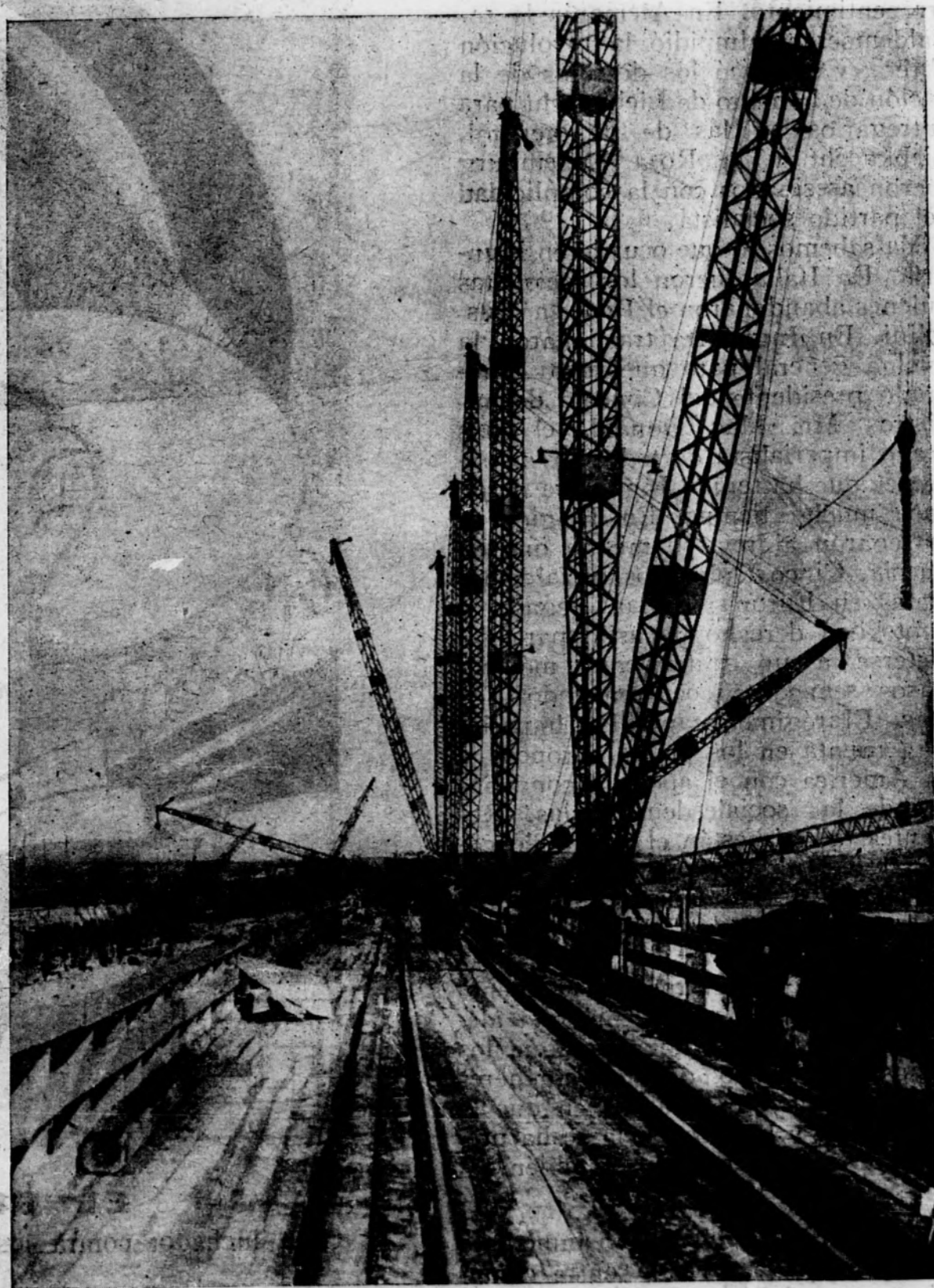
a su condición de compañera intelectual, tiene que conceder algún terreno a su sexo constitucional.

* * *

Esto es todo lo que Alfonso de Zbikowski nos cuenta en su libro «Del Guadalquivir al Elba», al contraponer dos culturas: la lugareña y la universal. Libro de alta Pedagogía, pudiéramos decir, para los espíritus que se aferran a la tierra, sin querer orearse por otros ambientes espirituales. Libro donde se demuestra el efecto —«muy interesante»—que causa un español en el extranjero palmoteando en un restorán para llamar al camarero. Zbikowski quisiera lograr que los españoles fuera de España fueran, no «muy interesantes», sino muy vulgares. *Muy interesante* es tanto como individuo que, por incapacidad de asimilación, choca con el ambiente moderno del extranjero. Muy vulgar, en cambio, es tanto como individuo que por capacidad de asimilación no rebota en el ambiente extranjero y pasa desapercibido en el café, en el tranvía, en el hotel, en el cine, leyendo un periódico: ¡en el ambiente, en una palabra! Zbikowski quisiera meter en la cabeza de los españoles la falsedad de ese «muy interesante», que a ellos les deslumbra. Es una expresión hija del buen tono europeo, pero que por carambola es una censura acre, peyorativa. Ni más ni menos. A Zbikowski en las páginas de su libro lo vemos como un enfurecido capitán homérico, en el puente de su nave, gritando: «¡Abajo las fronteras: universalicémonos!»

Esperemos—ahora—la aparición de los dos libros que siguen a este «Del Guadalquivir al Elba», que con tanto gusto hemos tenido ante los ojos. Ante los ojos un tanto entornados, porque hay libros que para leerlos es preciso usar un cristal de aumento para sacar alguna consecuencia. Pero hay libros como este de Alfonso de Zbikowski que es indispensable leerlos con los ojos entornados para no encandilarse con la cantidad de luz que de sus páginas emerge hacia la faz interesada del lector. Sin embargo, no creemos que la idea latente que preside el libro de Zbikowski la haga manifiesta la generalidad de los lectores. Si el lector es un español que se siente a sus anchas en el ambiente de su tierra, que no reconoce su atraso, que no se ahoga en su vida, tera de prejuicios, si tolera impasible a esos tipos que en España «con más denuedo—según Ortega—imponen el derecho a la vaciedad», etc., mal comprenderá lo que Zbikowski expresa de una forma latente.

Libro aleccionador, cuyo mejor elogio nosotros lo haríamos, si tuviéramos alguna autoridad, recomendando su lectura.



Una instalación eléctrica en la U. R. S. S.

CARTA DE BERLIN

EL FRACASO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

por F. FERNANDEZ ARMESTO

La socialdemocracia alemana forma el «Partido Socialdemócrata», afecto a la «II Internacional», a la que pertenecen los partidos socialistas de Francia, Bélgica, Suecia, etc., el «Partido Laborista» inglés y, en general, todos los movimientos políticos que habiéndose inspirado en el marxismo hasta 1914, lo traicionaron al comienzo de la guerra, para ponerse al servicio del capitalismo, en nombre de una burda invención a la que llamaron «exigencias nacionales».

Uno de los principios que fundamentaban el espíritu de la «II Internacional» era el de la paz. En diversos Congresos, y especialmente en el de Stuttgart, los socialistas hablan dec'arado que la guerra «constituye una inicua explotación capitalista» y se comprometían a luchar contra todo intento de guerra en sus respectivos países. Además, una Internacional atenta a un programa marxista no precisa consignar de modo especial su odio a la guerra entre países; este odio está ya patente en la incompatibilidad de la teoría marxista con la provocación de cualquier conflicto ajeno a la cuestión de clases.

No obstante, todo el mundo sabe lo que pasó al llegar la última guerra, desencadenada por la avaricia de la gran industria y las fábricas de armamentos. Los socialistas del mundo entero, y especialmente los alemanes, fueron los primeros corifeos en la farsa de gritos patrióticos que habían armado Krupp y Compañía. No voy a anotar aquí la nota patética para señalar la innoble actitud con que los socialdemócratas de todo el mundo mixtificaron y escarnecieron la idea marxista. Sólo unas pocas, contadas voces viriles supieron mantener enhiesto en aquellos turbios instantes el sentimiento de la solidaridad universal del proletariado. En estas voces está el germen del comunismo, de la revolución rusa y de la «III Internacional» que aún hoy al proletariado revolucionario de todo el mundo.

Demostrar el fracaso de la «II Internacional» es, pues, tarea no difícil. La somera relación de hechos que dejo apuntada descubre claramente cómo la socialdemocracia traicionó su propia esencia. De hecho la «II Internacional» quedó destruída; los mismos que antes unían su emoción bajo la bandera roja, se apuntaban ahora, desde las trincheras, con los cañones de sus fusiles, bajo el índice del capitalismo mundial, o en el Parlamento ofrecían sus votos para créditos de guerra que iban derechos de los bolsillos del trabajador a los de Schnei-

der y Krupp. Mientras, seguían, con descaro inaudito, cubriendo sus fechorías con el nombre de Marx.

Por uno de esos falsos milagros de la politiquería y la intriga, la «II Internacional» hizo reaparecer su mal-trecho rostro al final de la guerra. Naturalmente, en realidad no había tal «Internacional», que había quedado destruída y rota al declararse la conflagración. Pero era preciso crear este fantoche para oponerlo a la verdadera revolución proletaria que rugía sobre los desquiciados campos de batalla. Todavía oliendo a pólvora y a gases asfixiantes los sicarios leaders socialdemócratas volvieron a entonar sus marrulleros cantos de paz y de reivindicación proletaria. Se habían lanzado a la guerra al mando del capitalismo, y para salvar al capitalismo cantaron al final de la guerra la palinodia de su arrepentimiento. En Alemania la socialdemocracia impidió la revolución obrera y arrancó los destinos de la nación de la mano de Liebknecht para entregarlos en las de un general. Liebknecht y la Rosa Luxemburg fueron asesinados con la complicidad del partido socialista.

Ya sabemos lo que ocurrió en Hungría. En Italia fueron los socialistas quienes abandonaron el Poder a Mussolini. En Inglaterra traicionaron la huelga general para que fuera nombrado presidente del Consejo de ministros Mr. Mac Donald, el más bravo imperialista de todos los presidentes que ha tenido Inglaterra desde hace mucho tiempo. En Bélgica se entregaron al rey, lo mismo que en Suecia. Cinco Gobiernos socialdemócratas en Europa le han negado a Trotski el derecho de asilo para someterse a un tratamiento médico. Casos semejantes ocurren todos los días. El régimen capitalista-imperialista cuenta en los países europeos y en América con el apoyo incondicional de las socialdemocracias. Recientes todavía están el escándalo colonial de Inglaterra en Arabia y la India y el de Holanda en la Indonesia, realizados por Gobiernos socialdemócratas.

Pero quiero ceñirme exactamente ahora al partido socialdemócrata alemán, precisamente aquél en que los vicios y sicarismos de sus congéneres han sido mayores y aquél en que la corrupción y la decadencia se ha precipitado más fuertemente también.

La guerra fué el motivo inmediato que produjo la escisión entre comunistas y socialistas; el motivo inmediato, es decir, la piedra de toque en

La guerra y la II Internacional.-La traición de los partidos socialistas.-La socialdemocracia y la revolución.--En el gobierno al servicio del capitalismo.-La reacción cultural.

que las convicciones de cada uno se pusieron a prueba, pero la diferencia de opiniones—y hasta de temperamento—ya procedía de lejanos tiempos. Casi de 1889. Y aún antes entre el mismo Lasalle y Marx se había planteado ya la cuestión. En Rusia,

por ejemplo, estaban divididos los socialistas en mencheviques y bolcheviques desde el Congreso de Ginebra, que tuvo lugar en 1902.

La teoría evolucionista es el reblandecimiento en que cayeron marxistas pusilánimes como Lasalle, Kaustki,



EL GENERAL SANDINO

Gran luchador contra los yanquis, por la independendencia de su patria.

(Dibujo de Félix).

Martov y el mismo Plechanov. El evolucionismo es la enfermedad del marxismo, su morbo y degeneración. Hasta 1914 era, no obstante, moralmente legal porque obedecía a razones de un convencimiento movido por resortes temperamentales. Pero desde 1914 es una farsa política que se apoya, como pilar esencial, en el cadáver, resucitado artificialmente, de la «II Internacional».

Al programa socialista le falta todo valor moral e ideal, toda finalidad, y se reduce a una sarta de amaños y oportunismos para apoderarse del Poder. Y cuando se han apoderado del Poder, como carecen de contenido ideal no saben hacer otra cosa que ponerse al servicio del capitalismo. En Alemania se han avenido a todo para llegar a la gobernación del Estado. ¿Y qué han hecho desde los puestos de la gobernación pública? En su primer etapa gubernamental, para contentar al pueblo y apartarle del comunismo, realizaron algún tímido juego de manos colectivista. Por ejemplo, el del Ayuntamiento de Berlín, que ha sido un fracaso absoluto, en el que se desbrozó la desmoralización socialdemócrata incluso en casos de repugnante corrupción personal—y al parecer esto era lo único colectivo—, hasta el extremo de que la misma socialdemocracia se ve obligada a sostener hoy un régimen de dictadura sobre el Ayuntamiento de la ciudad de Berlín.

La socialdemocracia dirigió la contrarrevolución de 1918 «para reducir en sus manos los Poderes del Estado y realizar desde él en tiempo limitadísimo la gran transformación económica y social de Alemania por caminos seguros y evolutivos». Han transcurrido trece años, la socialdemocracia ha sido siempre la mayor fuerza gubernamental del país. Ha gobernado desde dentro y desde fuera del Gobierno. Además, gobernara o no, ella se había comprometido con el proletariado, que la había ayudado para realizar la contrarrevolución, a transformar la vida de Alemania, y si no ha podido cumplir el compromiso debió declarar su fracaso.

¿Qué ha ocurrido en trece años? Aquí están contundentes las pruebas: cinco millones de obreros parados forzosamente, tres millones más de obreros con su jornada de trabajo y su jornal reducidos a la mitad. Esto es, ocho millones de trabajadores con sus familias luchando frente al hambre. Y la situación del obrero que tiene la suerte de poder trabajar es muy inferior a la que disfrutaba en 1914. Se-

gún datos oficiales que acaban de publicarse, el jornal medio del proletario alemán no llega a 32,25 marcos a la semana, y la misma estadística oficial consigna que para vivir un obrero necesita 45,30 marcos por semana. Por tanto, al proletariado alemán le cuesta la vida el 28 por 100 más de lo que gana, 28 por 100 que se engulle el capital intermediario y patrono, axiomáticamente. Pero es más, es que el obrero que gana 32,25 marcos no tiene que mantenerse a sí sólo, sino a su mujer y a sus hijos muchas veces. El Estado alemán, que ofrece estas estadísticas, sabe perfectamente que está derruyendo la salud y la vida de sus trabajadores. ¿Pero qué le importa al Estado el hambre de los trabajadores si «Siemens» reparte, como repartió este año, un dividendo del 14 por 100?

Y para apoyar todo esto están los votos de la socialdemocracia en el Parlamento, y sus ministros en los bancos. Cuando no bastan los ministros y los diputados, la socialdemocracia vota para que los partidos capitalistas ejerzan la dictadura. Dos veces ha prestado sus votos en 1930 a los partidos burgueses para que rigiesen dictatorialmente en Alemania. Y una de las más inicuas expoliaciones que acaba de hacerse a los obreros metalúrgicos, arrebatándoles el 8 por 100 de sus jornales en beneficio de los fantásticos dividendos de la gran industria, está aprobada y refrendada por un socialdemócrata como árbitro, con otros dos árbitros capitalistas. En este mismo invierno han votado en el Parlamento contra la propuesta comunista que exigía un crédito especial para socorro a los obreros sin trabajo, mientras ponían sus votos a disposición del Gobierno en favor de un crédito cuantioso para socorro de la agricultura, que va a caer en los bolsillos de los grandes terratenientes.

El último Gobierno socialista, presidido por Müller, ha acordado, entre otras, las siguientes medidas de reivindicación proletaria. El Gabinete ha sido constituido el 28 de junio de 1928. Los socialistas y los demócratas están en mayoría. 28 de agosto: El Gobierno decide proseguir la construcción del acorazado «A», que estaba suspendida. 18 de octubre: La Comisión del Reichstag presenta una proposición exigiendo que sea examinada la concesión hecha por Gobiernos anteriores de 700 millones a los grandes industriales del Ruhr, y se vea si procede exigir su devolución. La proposición se muere en las carpetas del Gobierno. 20 de octubre:

Subvención a la Sociedad capitalista Bergbau A. G. 1 de noviembre: Apoyada en un laudo del Ministerio de Trabajo, la «Industria de acero del Ruhr» despide a todos sus obreros. 14 de noviembre: El Gobierno nombra para cubrir cuatro puestos vacantes en el Consejo de Ferrocarriles a tres capitalistas y a un maquinista. 10 de enero: Subvención para el comercio exterior. 16 de mayo: Subvención a la Empresa capitalista «Schichau Weft». 27 de junio: Subvención a la Empresa capitalista «Deutsche Werke». Julio: Se eleva la tarifa de aduanas para la introducción de la manteca. 8 de noviembre: La reforma del divorcio es aplazada *sine die*. 21 de diciembre: Elevación de las tarifas aduaneras para trigo, centeno, carne, hierba, zapatos y aluminio. 28 de enero: Kreuger establece el monopolio de las cerillas en Alemania. 3 de febrero: El director de la Reichsbank reparte entre los accionistas del Banco 120 millones de marcos. Pequeñas señales de la labor del Gobierno socialista al frente de los destinos de Alemania.

* * *

El capitalismo tiene, según puede verse, no con palabras imaginadas, sino con hechos concretos, su más fiel y servil aliado en la socialdemocracia. Pero no es sólo esto, la socialdemocracia está al frente de la reacción social y cultural en Alemania, como *plömsiere* del régimen socialfascista.

Con un Gobierno socialdemócrata y al mando de un presidente de la policía socialdemócrata fueron cazadas a tiros en las calles de Berlín las masas trabajadoras que querían manifestarse el día Primero de Mayo de 1929, resultando 32 trabajadores muertos y varios cientos de heridos. El ministro socialdemócrata Severing ha sido el propugnador de un aumento de sueldo a la policía en los mismos días en que se consumaba uno de los más grandes escandalosos arrebatos en el jornal de los trabajadores. En la gran huelga del Ruhr de 1923 Severing actuó de «mano dura» en favor de los capitalistas y contra los trabajadores, y él mismo ha sido también quien prohibió el «Frente de combate rojo» mientras se consienten impunemente los atentados fascistas de las guardias hitlerianas. Se ha llegado a tales excesos dictatoriales por parte de los socialistas, que en estos mismos días el ministro de Prusia Severing y el presidente de la policía Grezesinski les han prohibido a los estudiantes la propaganda para las elecciones de sus Comités directivos en las Asociaciones académicas.

El caso de la prisión de Piscator, realizado por inspiración de la socialdemocracia, es uno de los más típicos casos de su reaccionarismo cultural.

Basta leer el *Vorwaerts* un día para darse cuenta del pequeño y miope burguesismo de que está imbuido el partido socialista alemán. Es tan burda y ridícula la actitud del *Vorwaerts*, órgano mayor del partido, que los mismos socialdemócratas lo desprecian, y se da el caso de que siendo el portavoz del partido político más numeroso de Alemania, es el periódico de menor tirada de Berlín, apenas si llega a los 25.000 ejemplares, y éstos van de las máquinas a los archivos de la frondosa organización socialdemócrata sin que nadie los lea. Este periódico es una de las charcas en que se vierten gran parte de las insidias y los embustes con que quiere desacreditar el capitalismo a la primer República socialista del mundo. La actitud del *Vorwaerts* ante la nueva literatura y el nuevo periodismo que antepone a las bellezas estéticas la reivindicación social, es la de un viejo burgués marrullero. Cualquiera de los periódicos capitalistas, como el *Berliner Tageblatt* o la *Frankfurter Zeitung*, son mucho más liberales y prestan atención más inteligente ante los problemas sociales, que el órgano de los socialistas.

Hace poco en un artículo del *Vorwaerts* se decía lo siguiente: «La misión del poeta es desarrollarse por medio de la imaginación, y la del ingeniero representar la técnica; una mixtificación de estas dos funciones se da en el arte inferior del reportaje.» Con esto el *Vorwaerts* quería despreciar la nueva literatura, la que representan Upton Sinclair, Barbusse, Eherenburg, Holitscher, Larisa Reissner y Kitsch, al frente de las nuevas generaciones de escritores, la literatura que considera que el primer deber moral del intelectual es ponerse al servicio de la justicia humana, elevando la literatura a la categoría de arma en la lucha por la liberación social. Los socialistas no sienten esta lucha y no pueden comprender la misión de la literatura entregada a ella.

Pero la más grandiosa de todas las felonías culturales que viene realizando la socialdemocracia la ha verificado hace unos días, desde sus escaños del Parlamento, votando una proposición de los partidos burgueses en favor del levantamiento de la inmunidad parlamentaria, para que sean metidos en la cárcel varios diputados comunistas por el delito de defender en la Prensa a los trabajadores contra la explotación del capital.

* * *

¿Por qué se mantiene todavía la socialdemocracia en el primer puesto de la política alemana a pesar de su fracaso? En primer lugar hay que advertir que la decadencia de la socialdemocracia se ha mostrado claramente en las últimas elecciones, en las que perdió más de un millón de votos pro-

letarios, y que desde las últimas elecciones la decadencia ha tomado un ritmo rapidísimo, hasta el punto de que si se hicieran unas nuevas elecciones apenas si sacaría a la orilla de su naufragio la mitad de los puestos que ostenta hoy. Pero la socialdemocracia se ha mantenido sobre todo por que ha ido aprovechando sabiamente su traición y a medida que evolucionaba y perdía terreno entre los trabajadores lo ganaba en las clases acomodadas, y sobre todo en la burocracia. Hoy constituye lo que se llama en todos los países partido gubernamental y de orden, al que son afectos la burocracia y las clases medias, así como algunos núcleos de obreros poco ilustrados (en las grandes ciudades donde el proletariado está ilustrado en las cuestiones sociales, como en Berlín, Hamburgo, Düsseldorf, Essen, etcétera, el partido comunista bate fuertemente al socialista) y los obreros privilegiados que se han acomodado al sistema burgués y se han conciliado con el capitalismo, de los que decía Lenin que «son mucho más repugnantes que la burguesía, porque niegan su clase». De este modo la socialdemocracia constituye una resistencia muerta que ha de perdurar todavía largo tiempo como la oposición más difícil contra el avance social y la revolución del proletariado.

¿Pero existe algún fervor ideal, alguna creación espiritual al lado de la burocracia socialdemócrata? Ni literatura, ni teatro, ni cine, ni periodismo, ninguno de los elementos en los que se expresa hoy el crecer del alma popular ha podido crear en torno a sí la doctrina socialdemócrata. Y es que en la falsedad y la traición pueden crecer los ministros y los directores generales, pero no el alma popular. ¿No es bastante significativo que no haya ni un solo escritor socialdemócrata en Alemania? Habrá escritores que están en las listas de la socialdemocracia, pero están como pueden estarlo en las de una Casa de seguros, porque su obra literaria vive sin preocuparse de que existe la socialdemocracia.

La juventud forma en todos los frentes de la política alemana menos en el socialdemócrata, y a escasa que aún le queda de otros tiempos se encuentra en abierta colisión con el partido. El grupo de estudiantes socialdemócrata ha desaparecido de la vida.

Lenin dijo: «El oportunismo dentro de los partidos obreros representa el sacrificio de los intereses fundamentales de las masas en beneficio de los intereses ocasionales de una minoría de trabajadores; o dicho de otro modo, la unión de una parte de los trabajadores con la burguesía contra las masas proletarias.» El espejo de la política oportunista definida por Lenin es la socialdemocracia alemana.

RETRATOS CLINICOS

por el DR. L. C.

La historia médica utiliza todas las fuentes que sirven propiamente a la construcción de la historia, trayendo además cierto número de documentos cuyo aporte es necesario para especializar su objeto. La búsqueda, el control, la crítica, utilizar textos, manuscritos e impresos, son la base de todo trabajo hecho a conciencia. Pero existe otra categoría de documentos que han sido, hasta nuestros días, muy poco utilizados, y que, sin embargo, pueden proporcionar datos valiosos: estos son las obras de artes y, especialmente, los retratos.

Estudiemos algunos retratos escogidos dentro de lo que poseemos de Carlos V, Carlos VI y de Carlos VIII.

Carlos V.

Todos los historiadores están de acuerdo para considerar a Carlos V, como un enfermo congénito, sin fuerzas ni ánimo desde su nacimiento. Hay en estas apreciaciones un error.

El delfín de Carlos era de contextura sólida y fuerte; siendo rey se dedicó a los deportes de su época. La enfermedad acabó con su vigor. En el año 1337 tuvo una fiebre tifoidea complicada de una osteoperiostitis del húmero izquierdo; debido a la falta de conocimientos sobre esta afección, la fístula de esta osteomielitis no sanó nunca.

Hacia el año 1364, la gota se manifestó por deformaciones articulares considerables en los dedos de la mano derecha. El reumatismo fué aumentando, hasta generalizarse por completo. Las complicaciones internas de la enfermedad se acumularon y el rey estaba en completo estado impotente cuando se instaló en Beautésur-Marne, en agosto del año 1380. Una crisis aguda con angina de pecho e insuficiencia cardíaca estalló en la noche del 13 al 14; el 16, el rey sucumbía.

Pues bien. Los diferentes retratos de Carlos V atestiguan la evolución de esas taras patológicas; algunas miniaturas nos hacen ver un delfín vigoroso, un rey sonriente y de buena salud. Vemos un fragmento del «Parlement de Narbonne», que lo muestra todavía vigoroso. En cambio, un último retrato nos revela toda la decadencia prematura. Sus mejillas hundidas, sus labios entrados lo hacen aparecer como sin dientes. Carlos V sólo tenía cuarenta y un años; pero hemos visto que accidentes patológicos lo habían derribado; había de morir al año siguiente.

El rey loco.

Entre los retratos de Carlos VI hay uno que es eminentemente sugestivo.

Carlos VI tenía doce años cuando fué consagrado rey de Francia. La ceremonia del coronamiento se encuentra figurada en una miniatura de un manuscrito de las «Grandes Chroniques de France».

En medio de los pares eclesiásticos y laicos, que lo aclaman y le colocan la corona sobre la cabeza, el pobre niño, sentado en un trono, muestra un semblante entre risueño y asustado, que traiciona su degeneración. En aquella época, Carlos VI no presentaba todavía síntomas manifiestos de locura; pero era ya un sujeto de inteligencia débil, un desequilibrado de la emotividad y de la voluntad.

Un rey hemipléxico.

Carlos VIII, en 1494, durante su permanencia en Roma, hizo modelar su busto por Pollaiuolo. Este artista acababa de terminar las tumbas de Inocente VIII y de Sixto IV, y estaba bajo la protección del papa Alejandro VI.

El busto de Carlos VIII es de terracota. Es una obra de extraordinaria fuerza de expresión y de un realismo cruel.

Los cronistas italianos que conocieron a Carlos VIII durante su permanencia en Italia, quedaron sorprendidos de su miseria física; todos insisten en sus cartas sobre la fealdad y la deformidad de Carlos VIII. El embajador veneciano Contarini escribía: «El rey de Francia tiene veintidós años, bajo, contrahecho, de semblante feo, con ojos blanquecinos y saltados, más aptos a ver mal que

bien; la nariz aguileña igualmente grande y gruesa; los labios gruesos y constantemente abiertos. Tiene en las manos ciertos movimientos nerviosos desagradables a la vista, y es lento para expresarse.»

Un detalle importante de anotar en el busto de Barge, que justifica y explica estas críticas, es la caída de la comisura izquierda de los labios; vemos claramente que el rey tenía, en esa época, una parálisis facial que corresponde en verdad a una hemiplejía. Nos explicamos fácilmente la manera torpe de andar del conquistador y la dificultad de elocución. Por lo demás, tres años más tarde quedaba derribado, en Amboise, por un ictus apoplético.

Vemos al rey en plena decadencia física e intelectual. Los documentos que van a darnos a conocer a Carlos VIII en todo su vigor, es un retrato que fué hecho casi con seguridad en la época de su matrimonio con Ana de Bretaña.

En un fondo verde, el rey aparece revestido de una capa amarilla, con vueltas azul oscuro, con mangas escarlatas. Se cubre la cabeza con un gorro de terciopelo, del que sobresale una larga cabellera. La nariz aguileña, muy larga y prominente, domina, en medio de las mejillas salientes, una boca grande, sensual, entreabierta. Pero lo que llama la atención son los ojos, muy grandes, rasgados y de mucha vida, a la vez soñadores y crueles. El conjunto extraño es de los que no se olvidan. La diferencia entre los dos retratos de Carlos VIII es sorprendente; ella debe llamar la atención del médico que, para explicarla, puede y debe ayudarse de una crítica minuciosa de los textos contemporáneos.

Podríamos multiplicar los ejemplos. Pero los que acabamos de presentar ¿no son acaso suficientes para demostrar que los museos pueden proporcionar a la historia documentos tan útiles como los archivos?



Un friso de Clemente Orozco.

1917 103, 1917 103, 1917 103, Ayuntamiento de Madrid

Una conferencia de Bergamín

por MANUEL RUIZ DE VILLA

Me parece que ya ha llegado la hora de enfrentarse serenamente con la actitud de los constitucionalistas, deshaciendo respetuosamente, en este punto, la amable conspiración de la mayor parte de los periódicos izquierdistas. No es cosa de estar siempre embarcados en una falsa táctica política. Porque, a la postre, en política, la afinidad es carga pesada que embaraza los supremos movimientos. Y mucho más, claro es, la presunta afinidad. En esta materia se da el espejismo con extraordinaria frecuencia. Si la anécdota no fuera hartamente conocida, yo intentaría ahora injertar la anterior aseveración en las relaciones entre los mencheviques y los bolcheviques, por ejemplo. De todos modos, las pretensiones de este artículo son bien modestas y no pretenden abarcar tan complejo tema como es éste de una generalización del estorbo de las afinidades políticas, y si únicamente fijar brevemente la atención en unas lecciones que han quedado vibrando en el ambiente santanderino con motivo de la expectante conferencia de Bergamín. Y, como de pasada, procurar escrutar ligeramente en la significación de la presente actitud constitucionalista.

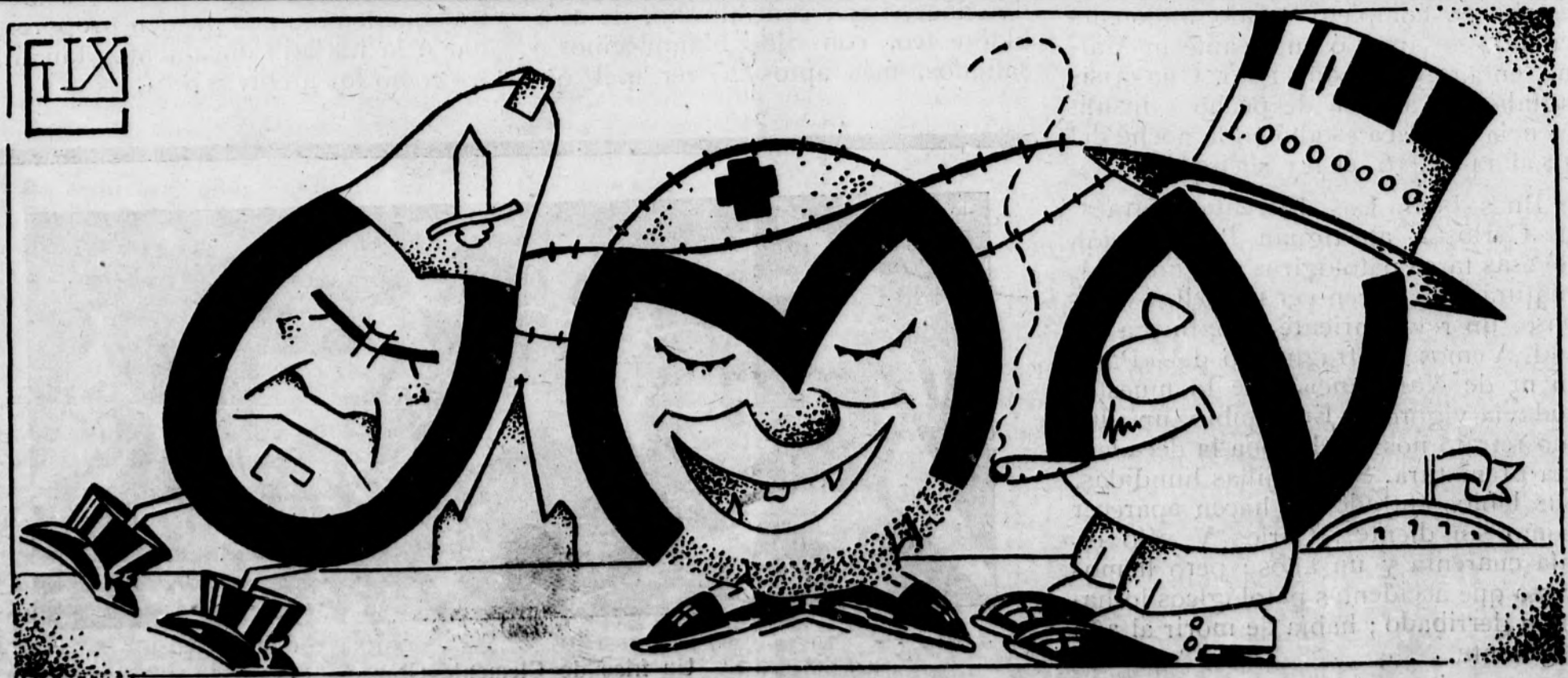
Una enseñanza provechosísima ha debido sacar el ilustre abogado de su conferencia. También los conferenciantes pueden aprender de sus auditorios. Los aplausos corrían ruidosos a coronar algún concepto que pudiera encontrar eco en el sentimiento republicano, y se helaban, en cambio, en las manos de los espectadores cuando se confesaba una expresión de fe monárquica, aun con

ciertas reservas. Las eternas reservas de siempre. ¿Cuándo se van a sacar todas las consecuencias? Pero los tiempos no están ya para ninguna clase.

A mi ver, los concurrentes al acto, los que oyeron lo que se decía y los que palparon lo que no se decía, han podido también aprender muchas cosas. Una de ellas es que el constitucionalismo suena ya a ineficaz, aun para los hombres que, poseyendo un claro sentido jurídico, son conservadores. Ha perdido su sentido de actualidad. Los días van pasando y los sucesos arrojan ante nuestra vista los cadáveres de antiguas sugestiones, mientras otras incitaciones más poderosas corren presurosas a alinearse en nuestras perspectivas. En tiempos de vertiginosidad creciente, el que no avanza se estanca y se queda como al borde del camino. Eso le ha pasado al constitucionalismo: se ha quedado al borde del camino, sin que nadie que sinceramente desee una España mejor repare en él. Esta es una enorme tragedia. Los constitucionalistas serán los últimos supervivientes de una época que está feneciendo, pero supervivientes al fin y al cabo, es decir, algo que ya resulta anómalo y que no tardará también en desaparecer.

Si el adjetivo no resultara un poco brutal, nosotros calificaríamos a la conferencia del señor Bergamín de «falsa». Y, desde luego, de completamente desdibujada en el ámbito de los actuales acontecimientos. Una conferencia que podía estar bien hasta en enero del año 1930, por ejemplo, pero no en el 26 de febrero del año 1931.

Ni una palabra sobre la última crisis, cuando la ocasión era magnífica para tratar tan importante extremo. Más aún: era la única justificación de presentarse ante el público. En su lugar, una exposición del advenimiento y desarrollo de la dictadura con los suicidios de los secretarios de Ayuntamiento y todo, y una larga digresión acerca del anticuado pacto constitucional establecido en nuestra ley fundamental de 1876. Y, como penacho, una colección de frases esmaltadas a lo largo de la disertación, que estamos cansados de oír de los labios de los constitucionalistas, y que no comprometen a nada ni que man ninguna nave. Gran parte de la conferencia podrá estar bien como brisa que levanta el vuelo de una frase, pero carece en absoluto de sentido. Si una fórmula política resulta impracticable, lo lógico es abandonarla e ir más adelante, o encerrarse para siempre en casa. Todo menos estar entreteniéndose en un juego estéril y quedarse rezagados con un instrumento fosilizado entre las manos. Por otra parte, la misión del hombre público, cuando lo es de verdad, no consiste solamente en respetar la soberanía nacional, que esto debe ser natural en todas las épocas, sino también en abrir nuevas rutas en la vida política del país, en ir delante con nuevas normas y con innovadores métodos. Y, sobre todo, si hay algo que no puede enderezarse y que requiere sanción, debe indicarse rotundamente la calidad de la pena. Esto último ya lo ha hecho Ossorio y Gallardo, pero no los constitucionalistas. Y hay que advertir que el ilustre decano del Colegio de Abogados de Madrid no era partidario hace dos años ni de revisar siquiera la legitimidad del Poder público por temor a volver a las discusiones del siglo XIX.



La Unión Monárquica Nacional, por Félix.
Ayuntamiento de Madrid

Una reunión literaria en el Leningrado bolchevique

por CÉSAR VALLEJO

Me costó trabajo y mucho tiempo para dar con la casa de Kolvasieff. Leningrado es, después de Londres, la ciudad más extensa de Europa. Añádese la actual deficiencia de medios de transporte urbano, el desconocimiento que de la ciudad tiene el recién llegado y, lo que es más grave, su ignorancia del ruso y ya podrá imaginarse el lector lo difícil que resulta para el extranjero dar por sí mismo con un punto cualquiera de la urbe. Más todavía. La numeración de las casas de Leningrado obedece a un orden y progresión tan esotéricos e inexplicables, que sólo los iniciados pueden seguirla a servirse de ello. Por fortuna, encontré a tiempo al crítico literario Vigodsky, que asistía también a la reunión de los escritores bolcheviques. Y Vigodsky vino, asimismo, a guiarme por otro laberinto; una vez en casa de Kolvasieff, habrá que orientarse en la numeración de los apartamentos y habitaciones, que es mucho más compleja, minuciosa e indescifrable que la de la calle. Leningrado no sufre de la crisis de alojamientos de que padece Moscú, pero tampoco hay allí abundancia de casas. La población cabe a las justas en el actual perímetro urbano, y para prevenir inesperados conflictos y desórdenes, derivados del creciente acercamiento entre la ciudad y el campo—acercamiento auspiciado por la política de socialización integral del soviét—se ha organizado rigurosamente y en sus mínimos detalles el régimen domiciliar. De aquí que cada casa resulta una colmena, a causa de la minuciosidad, orden y regularidad de su parcelamiento.

El departamento al que entramos es amplio, confortable. Leningrado, en general, es una ciudad holgada, limpia, clara y hasta alegre. El zarismo hizo de ella una urbe occidental y casi parisiense, en su plano de conjunto, en su estilo arquitectónico, en su aspecto municipal, en su ornamentación. Residencia de la nobleza y de la gran burguesía rusa, fué dotada de un confort marcadamente occidental, al menos, en sus zonas centrales. Abundan los departamentos contruidos y orientados a semejanza de los de la *rive gauche de París*. El de Kolvasieff es así. Sólo que, dentro de la actual vida soviética, habitan en cada departamento numerosas familias, ocupando, según el número de cada una de ellas y su género de trabajo, cuatro, tres, dos y hasta una sola pieza.

Kolvasieff es un joven de unos treinta y cinco años, alto y de cierta

distinción personal. Ha sido diplomático y habla correctamente el francés, el inglés y el alemán. Un tanto vana y su desenvoltura denuncian a un viajero del protocolo, al hombre de mundo. Cuando llegan los otros escritores bolcheviques, resalta más aún su ceremonial de salón. Kolvasieff, sin embargo, es un gran cuentista revolucionario. Contra la mediocre impresión que me produjera el comienzo, se precisó luego como un hombre ortodoxo y profundamente bolchevique. Del salón burgués ha aprendido únicamente el deseo de agradar, la fluidez del gesto, encontrando en el resto de la sociedad burguesa un motivo de sincera repugnancia.

Llega Sayanov. Luego, Lipatoff y Erlich. En seguida, Verzint, Chitzanov, Sadodieff. Jóvenes todos, de menos de cuarenta años—escritores, publicistas, críticos—, hacen una algazara riente y pintoresca; alegría sana, exuberancia fecunda, fuerza generosa, instinto colectivo de la vida, praxis creadora. Visten sin pretensión proletaria, sin *mise en scène* bolchevique. Ni uniforme revolucionario, ni blusas amarillas, ni chalecos rojos, ni camisas negras y ni siquiera los largos pantalones de los *San coulottes* de la convención... Más bien, involuntaria negligencia en la raída americana, en la falta de corbata, en el calzado burdo y atollado. Más bien, pobreza de hombres justos y, de ninguna manera, desarrapado y profesional abandono de bohemios. En su mayoría, son rusos blancos del Norte, ojos azules de polar desolación, amaratados rostros, respiración de maestro, ceño de cerrazón a la redonda. Unos vienen a la literatura, directa y conscientemente de la clase obrera. Otros vienen de la *itsba* por la marca de la guerra civil. Otros, de la pequeña burguesía, por foetazo lennista. Y no pocos del *lumper-proletariado*, redimidos y ganados a la vida de orden y trabajo. No demuestran por mí esa melosa curiosidad procetora que los eminentes plumíferos burgueses demuestran ante un escritor desconocido y extranjero. Me hablan y me tratan con sencillez realmente fraternal.



La paloma de la Paz.

El más reposado es Sandofieff y el más respetado por ellos. Le consultan continuamente, oyéndole con cariño y devoción.

—Sandofieff—me dice Kolvasieff—es nuestro más grande poeta proletario.

—¿Más grande que Paternak y que Fayakovsky?—le arguyo, sorprendido.

—El más grande de todos—me repite Kolvasieff con firmeza y su opinión se generaliza luego, confirmada por todos los presentes.

Kolvasieff añade:

—Por lo demás, Mayakovsky no pasa por un histrión de la hipérbole. En cuanto a Pasternak...

Pero más que este modo individualista de plantear y juzgar las cosas literarias, me interesan los modos colectivos, que me permito provocar en alta voz entre mis amigos rusos. Anoto entonces las siguientes declaraciones que los escritores bolcheviques me formulan como signos de su estética:

No hay literatura política, no la ha habido ni la habrá nunca en el mundo. La literatura rusa defiende y exalta la política soviética.

Guerra a la metafísica y a la psicología. Sólo las disciplinas sociológicas determinan el alcance y las formas esenciales del arte. Los asuntos y problemas de que trata la literatura rusa, corresponden estrictamente al pensamiento dialéctico de Marx.

La inteligencia trabaja y de siempre trabajar bajo el control de la razón. Nada de superrealismo, sistema decadente y abiertamente opuesto a la vanguardia intelectual soviética. Nada de freudismo, ni de bergdonismo. Nada de complejo, lívido, ni intuición, ni sueño. El método de la creación artística es y debe ser consciente, realista, experimental, científico.

Los temas literarios son la producción, el trabajo, la nueva organización de la familia y de la sociedad, las peripecias y luchas ineluctables para crear el espíritu del hombre nuevo, con sus sentimientos colectivos de emulación creadora y de justicia universal.

En la literatura rusa hay dos maneras de interpretar la realidad social: la vía destructiva de beligerancia y propaganda mundial contra el espíritu y los intereses burgueses y reaccionarios, constructiva del nuevo orden y de la nueva sensibilidad. En esta última, se distinguen a su vez dos movimientos concéntricos: proletarianización de las masas y clases sociales y socialización del estado proletario.

¡QUE NO VUELVAN!

por JOSE RAMON RODRIGUEZ

Por el amplio escenario de la política española vemos deslizarse los mismos hombres que antes del 23. El espectador, desde su butaca burguesa o desde el asiento popular, contempla a esos hombres con indiferencia. ¡Bah! ¿Para volver la misma película aguantamos seis años y pico al panzudo Primo de Rivera?

Los hombres que no creen en las generosidades de los antiguos rufianes; los hombres hechos de estrofas épicas y de consonantes rebeldes, de diferentes ideologías, en este caso, van a parar al mismo punto, y de casi todas las bocas salen estas tres palabras: ¡Que no vuelvan!

El dictador de Jerez ha venido de

Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de un taller, está expuesto a ser en todas las ocasiones engañado y, por consecuencia, condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas.—RECLUS.

pantalla para que la luz de la justicia no llegara a depurar las responsabilidades contraídas en el verano del 21 por el general Berenguer; éste a salvar a aquél, y, por último, los autores de toda la podredumbre, los viejos histriones de la farsa, a tapar las faltas de todos; a echar tierra sobre el cadáver del buen ciudadano que murió achicharrado en Africa o se pudrió en una cárcel sin haber cometido falta alguna, y a decir: Borrón y cuenta nueva.

¡Salvar a España! Muy bonito, muy genial. Pero, ¿quién nos garantiza ese positivo resultado? ¿Es que vamos a creer en las palabras de esos hombres? ¿Son ellos los que vienen a regenerar una España caduca? ¡Ca! La madeja, esa maraña ignominiosa de la clásica política española, volverá a enredarse más de lo que está. Volverá a avivarse el fuego de Africa, la ola roja del sindicalismo, el caciquismo rural...

¡Y esto no puede tolerarse! ¡Fuera esos hombres! ¡De ellos no queremos nada! Ni sus costumbres, ni sus vicios, ni sus modas...

Nosotros lo que necesitamos son hombres jóvenes que exalten su virgi-

nidad; hombres de conciencia puramente moderna, a cuyo espíritu vaya engarzado el conocimiento total de todas nuestras necesidades, porque esos viejos las desconocen en absoluto.

El organismo humano cada día tiene un padecimiento nuevo, debido a la velocidad del siglo, al vicio o a lo que sea. Sería ilógico admitir sobre una enfermedad moderna el dictamen de un médico de cámara de Carlos III. Y como la medicina, la política. El organismo humano que hoy late en el mundo es bien distinto al del 76. Sin embargo, nosotros vivimos bajo el yugo de una Constitución escrita para hombres de aquella época. Nuestra medicina espiritual tiene origen en aquel año, y de aquella fecha a hoy el mundo ha dado una verdadera vuelta de campana. ¡Los hombres del 76 desconocen el ritmo de 1931!

¡Que no vuelvan! Sería contraproducente que la cloaca del desprestigio viniera a traer a España, que atraviesa su instante de dolor, el suero milagroso que animara su sangre viciada. Sería contraproducente—repito—porque en lugar de la eficacia de la inyección, lo que le traerían sería un narcótico para que no despertara de su eterna metamorfosis. Ellos fueron los que nos encarcelaron en el más vergonzoso de los atrasos.

El pueblo, que empieza a sentir el efecto de su reivindicación, está ansioso de hacer rimar esos dos vocablos, columnas poderosas, que sostienen el



Una escultura proletaria
Ayuntamiento de Madrid

templo de la Democracia: Justicia y Libertad. Si vuelven no habrá rima posible, y los hombres de ideas renovadoras tendremos que emprender una cruzada contra el enemigo que abre sus alas de murciélago para tapar nuestros ojos, y emprende un vuelo en torno de nuestras conciencias para obcurecerlas y atrofiarlas.

Un noble de la corte de Fernando VII andaría a tientas por el Madrid actual. Le desconcertarían los automóviles y los tranvías, le daría pavor el «Metro», le producirían jaqueca los anuncios luminosos y la «radio»; le embobarían los «cabarets»... Como si viésemos al noble andar por la Corte en la actualidad, así observamos

Sin libertad es triste, es odiosa, es imposible la existencia. En nuestros pueblos hay pocos hábitos de resistir dentro del derecho y muchos hábitos de apelar a la violencia. Somos caudillos, guerrilleros, soldados, y no sabemos ser ciudadanos.—CASTELAR.

las sombras de los viejos políticos pretender asaltar la conciencia moderna. Van despacio y tienen miedo meter ruido, pero hay que tener cuidado con que no se introduzcan, porque entonces, automáticamente, España volvería a vivir su vida de injusticias.

Por eso la conciencia de esa masa popular, entre la que yo me confundo, no debe de entregarse convertida en papeleta electoral en manos de ningún señorito ocioso cacique pueblerino, porque luego ese mismo, a quien hemos hecho el favor, se revelará contra nosotros, y luego de encumbrado si le pedimos justicia nos abrirá las puertas de la cárcel. ¡Nuestra conciencia es la conciencia nacional, única que hay que reconocer!

«Hay que destruir para luego construir», ha dicho Luis Amado Blanco. Y es verdad. Destruir el viejo caserón y levantar en su lugar el edificio higiénico y confortable que requiere la estética actual. El antiguo nido de lagartijas—hay que reducirlo a cenizas. Sobre su osamenta que aparezca el otro cuajado de estrellas de porvenir...

Soto del Barco (Oviedo), marzo de 1931.



EL P. N. DE T. EN LAS PALMAS

por A. H. DE M.

Por cierto: este año aún no nos ha visitado el formidable humorista a las órdenes—como tantos otros «enchufados»—de Antonio Sangroniz, el ciudadano Peypoch, que desempeña el cargo de técnico hotelero. Y es una lástima que el tal «enchufadillo» no haga su aparición por Canarias, para verle por ahí, por los hoteles, ejerciendo sus funciones técnicas, seguido de un berrigoncillo patizambo, que es una delicia.

Además, no podremos tampoco leer uno de sus informes, claro está, en «El País», periódico cuya propiedad pertenece al secretario de la J. P. de T. Esto también es tan lamentable como el resbalón político de Sánchez Guerra. Sobre todo, ahora que «El País» ha tomado un formato idéntico al «A B C» y, por cierto, nadie más indicados que periódicos semejantes al «Ave» madrileña para dar al público los informes técnicos de un tipo tan técnicamente cómico como Peypoch, que, además, es un distinguido lacayo de Guadalhorce.

Pero lacayo de los de «amarre». Peypochete, además de técnico hotelero al servicio del P. N. de T., es un español castizo de esos que dicen: «A la vuelta lo venden tinto», como si dijéran la mayor ingeniosidad del Universo; y además es un esclavo del arroz con pollo y pimientos morrones de Rioja. Este artículo, sobre todo, lo recomendó muchísimo en su informe técnico—que, dicho sea con respeto, era una m...—publicado en «El País».

El método técnico y nutritivo de Peypochete es único: Llega a un hotel, da la tarjeta y se sienta a la mesa a inspeccionar bien la comida. Después de llenarse bien el estómago, pide una copita de licor, un habano y exclama: «¡Caray! ¡Pues es el caso que no tengo que poner ningún pero al «menú» de este hotel!».

—No, no; está magnífico—responde un asistente barrigoncillo y patizambo.

Aunque parezca imposible en un técnico U. P. como Peypochete, es lo cierto que su gestión hotelera en Canarias ha sido formidable. Antes de su técnica visita, los hoteles locales eran una birria completa. No se

podía ir a ellos. Desde que el técnico sangronista los visitó y publicó su informe, claro, en «El País», han tomado un auge inusitado. Les indicó la manera cómo debían hacer el menaje de las habitaciones, las comidas que debían dar los lunes, las habitaciones para artistas de varietés, habitaciones para señores que padezcan hemorroides, etc., etc. Todo lo indicó Peypoch y todo se hizo, y, naturalmente, el éxito de los hoteles locales ha sido enorme. Para algo el muy señor nuestro P. N. de T. tiene empleados de la categoría de Peypoch, que en las horas de asueto se dedica a hacer la propaganda de la Unión Monárquica Nacional y a seguir como un perro al conde de Guadalhorce en sus correrías políticas. Mucho sufrió el Peypochete de marras cuando unos camareros se negaron a servir las viandas a los banqueteados de la U. M. N. en una ciudad del Norte de España. Allí sí que tuvo un fracaso número uno el Peypochete y a punto estuvo que Sangronete le diera su merecido «coup de...» Pero no; todo se arregló de manera satisfactoria.

Nosotros pedimos al P. N. de T. que nos eche para acá al Peypoch upetista, técnico y buen hombre, al fin, para que nos alegre el ambiente durante unos días. Además, es muy entretenido oír hablar al Peypoch de su liberalismo; porque éste es el caso: hay una serie de burócratas que comen gracias a una barbaridad del señor Primo de Rivera, y tienen la cara tan dura como para decirse liberales, y algunos que aprueban sus marrullerías, aún asisten a banquetes republicanos y dicen una serie de tonterías. Eso, sí: con pedantería, empaque, matiz, envergadura, esencia, pos y «váyase usted al potrero»...

Sin embargo, dejemos que los burócratas de los organismos creados—con los pies—por el dictador se crean liberales, aunque maman del biberón de unas inmoralidades asquerosas. En la calle, todos los conocemos y el pueblo ya les señala con el dedo como a unos grandísimos «froids». Mejor les valiera callarse, porque se necesita tener «tupé» para hablar de liberalismo cuando todos los fines de mes se percibe un sueldito de una asquerosidad de la Dictadura.

¿Para qué piden estos señores el advenimiento de la República? Porque de lo primero que deben darse cuenta es que el cambio de régimen político traería *ipso facto* el cese de sus prebendas. Y entonces, ¿de qué comerían estos incapaces, estos degenerados? Porque degenerado es quien, estando en condiciones de vivir dignamente, se hace «chulo» o burócrata de un organismo cuyo nacimiento se debe a una inmoralidad, y encima tiene la osadía de intentar colarse como liberal.

Quien sea chulo de los organismos hetairescos creados por una forma de gobierno inmoral, arbitraria y contra la ley, que chulee su nómina, pero que no salga a la calle a imponer ideas liberales que él, en su íntimo, tiene que repudiarlas. Quien goce también de dos empleos del Estado, en los cuales puede entrar a la hora de salida y no hacer nada, que no vaya a los banquetes republicanos a hacerse pasar por lo que no es.

Esto es indignante: Ver cómo señores paniaguados de éste y aquél, señores que para ganar un empleo, en oposiciones únicas, removieron todo el caciquismo existente, ahora se van estos señorones encumbrados por el caciquismo, por la marrullería, a los banquetes republicanos a hablar, precisamente, contra toda la miasma política a quienes ellos deben lo que hoy son. Esto y algo más, hoy, pasa tranquilamente; pero cuando venga una revisión social, veremos a dónde van a parar estos grandísimos frescos. Esta es la palabra, por no decir «chulos», de todas las nóminas inmorales que gravitan—por obra y gracia de cuatro caciques—sobre el presupuesto nacional.

La J. P. de T.—antes Fomento y Turismo—ha padecido la gripe, como todos los habitantes de Las Palmas. De aquí el que ahora atienda a su restablecimiento, muy importante, y no haga ninguna gestión pública. Nosotros le deseamos toda clase de felicidad y, sobre todo, que no se le estropee, como resultante de la gripe, el estómago. Eso sería lamentable.

Nuestro deseo es verla muy pronto en pie.

CARTA

A FELIPE FERNANDEZ ARMESTO

por LUIS BOUZA-BREY

Querido Felipe:

Keyserling—a quien tú lees en alemán—ha llegado a poner sus más aventuradas esperanzas en el quietismo hispano, haciendo con ello una concepción gimnástica del proceso evolutivo de la cultura. Corredor que descansa, corredor que llega. O también: el que va despacio, va lejos.

Con este preconceito—que ya nos había anticipado Wladimiro Ilich—y con que haya llegado a ti el conocimiento de ciertas manifestaciones diatésicas, que algunos han dado en llamar revoluciones, estoy viendo que vas a creer que estamos en pleno desperezo nacional.

Nada de eso. Te explicaré, e iré de prisa, porque hay mucho que decir.

La revolución tiene por misión destruir y crear, deshacer con la mano derecha y hacer con la izquierda, la más próxima al corazón y la más inexperta también. Si ardua es la labor de una, inmensa es la obra de otra; no se destruye todo lo que hay que destruir ni se crea todo lo que habría que crear, y es que la cabeza traba a veces la mano derecha con la mano izquierda y no llega a distinguir lo diestro de lo siniestro.

«Solamente el genio obra con método; si no, está expuesto a que se le vaya la cabeza, es decir, a perder la cabeza.»

Estas dos labores—de hacer y deshacer—son simultáneas, apremiantes y premiosas. En la revolución, en lo que el gramático llama la Revolución, se complementan, centralizadas, la una y la otra.

Pero, hete aquí, Felipe, que ahora veo que *nuestra* revolución no ha sido nunca la revolución de los diccionarios; a todo echar, no es más que la mitad del concepto que de ella tenemos y es porque en nuestro pueblo, tan profundamente religioso, hay un dios que se encarga de arrumbarnos la mitad del trabajo para someter a prueba nuestra holganza secular: nos lo da todo deshecho y nos evita la trabajosa labor de la mano derecha y el peligro de que se nos vaya la cabeza.

Tú, ahí, en esa Alemania que se agita a pesar de tener pegada a sus carnes rubias la camisa de fuerza de Versalles, repugnarán de esta España haragana y tumbona. Es que sólo ves al dios germano, que se le aparece al eclámpico Hittler. ¡No te

acuerdas de nuestro dios paternal para nada, Felipe!

Pero yo sé cómo ha pasado todo Verás:

—Por allá por el siglo viejo, cuando en nuestra política empezaba a estar todo desarreglado y maltrecho, ese dios de la cara barbada que nos ayuda como un buen menestral, no encontró mejor solución para precipitar un desenlace feliz como esperado—a veces, los dioses encuentran las mismas soluciones que los hombres—que dictarnos sus leyes por intermedio de repugnantes alimañas históricas. Repasa sus nombres y verás en unos pocos reunidas esas taras fisiológicas o esos postemas espirituales para los que, los sabios de ese país donde vives, crean sanatorios o retiros, y aquí, en el nuestro, los otros, sillas curules.

En fin; ese dios tan humano, tan folklórico, a quien se le hacen pequeñas picardihuelas confesables, que nos dejaba las cosas a medio hacer, confiando en nuestra actividad de constructores de pueblos, se ha cabreado, como decirse suele, y se lió la holapanda a la cabeza. Y ahí lo tienes que en poco más de un lustro, con su genio de viejecillo reumático, pero francote, entre el revuelo de mangas frailunas, en tres o cuatro manotazos nos ha deshecho la cacharrería nacional.

Y si no, verás.

—Sinópticamente, el Estado es un compuesto jurídico-político-económico a parte alícuota (racionalismo político kantiano)—no hagas caso de las categorías; si quieres, pon: ECONOMICO-JURIDICO-político (sindicalismo anárquico); o si quieres, pon: económico-POLITICO-jurídico (marxismo gubernamental). Todo esto, claro está, en un sentido estricto, pues en lo constituido o en lo destituido no distingues el límite de ninguna de las tres síntesis enunciadas. Es algo así como esa teoría físico-química de los átomos: cada molécula estatal contiene un átomo de esto, otro de aquello, etc., y así lo político llega a parecerte a las veces jurídico o económico, sumiéndote en una confusión metafísica.

Pero si yo, en un supuesto, te digo: *La ley no existe; la economía se ha deshecho; la política se ha dislocado*, verás claramente el dintorno de cada una de ellas, y bajando, bajando, irás abstrayendo lo económico, y lo jurídico, y lo político y percibiendo virtual-

mente esas tres columnas teológicas, es decir, aquel trípode que no podría sostenerse si cualquiera de sus tres pies viniera a dar en el suelo.

Más antes, y como al principio, y por si acaso dudas de la rotundidad de mis afirmaciones subsiguientes, déjame desarrollar algunos conceptos fundamentales a los cuales he de hacer desaparecer toda posible subjetividad. Y así no me negarás que ha caducado eso del derecho divino en el regimiento de los pueblos—política—; ni el carácter fraccionado que hay entre el gobernante y el ciudadano—no el súbdito—y éstos entre sí—política jurídica—; ni el derecho que tenga la comunidad dentro de ciertos límites territoriales—por lo de ahora—de vivir como le dé la gana y a tenor de la productividad común y *ad valorem* de ese mismo territorio—política jurídica-económica—. Esto te lo digo porque varios siglos de revoluciones de fuera—aquí escarmentamos sutilmente en cuerpo ajeno—y uno o dos de prácticas liberales o demócratas, a pesar de su fracaso reaccionario, avalan por demás estos presupuestos.

Pues bien: como hombre de leyes, yo quisiera comenzarte por la síntesis jurídica de nuestro *estado*; pero temo no saber diferenciar en absoluto lo legal de lo jurídico. Por ello no me llames torpe, amigo mío; considera que estoy en el vértice del trípode donde todo es uno, y aquí, donde otros más capaces no han sabido ni saben actualmente distinguir, ¿cómo voy a saberlo yo, a quien hace tan pocos años veías tú, afanoso, asimilarse aquellos axiomas, un poco falaces, de nuestros libros de Derecho, creyendo a pies juntillos en los romanistas, en los tomistas o en los fisiócratas?

Por lo demás, te diré que, en mi concepto, hay una Ley panteísta y vital—biológica—que hace nacer a la Política, y hay una ley biofísica, utilitaria y racial que la política crea, asemejándola en lo posible a su abuela—Mendel te diría que con todos los caracteres dominantes.

¡Ya está! Pues cuando esta ley biofísica se halla en contra de aquella Ley biológica, puedes decir que no hay tal ley. Vamos a llamarla, por ejemplo, fuerza.

Ahora creo que está claro: hay una Ley que crea abiertamente, con una inocencia cósmica, a la Política, y hay una política monopolizada que crea, jesuíticamente, la fuerza. *Ergo* (¿te

acuerdas de la Lógica?): está fuera de la Ley.

Pero vamos a los hechos. Un día, reinando aquella Doña Isabel, aquella Señora de quien me gozaría (y tú, también, ¿verdad, Felipe?) ser guardia de corps, se desquició la política y se debilitó la fuerza, y entonces nuestros abuelos quisieron organizar una nueva Política y una nueva ley, sin lograrlo, porque bondadosamente crédulos, no supieron destruir lo que quedaba, ni crear aquello de que se sentía necesidad. Aquí es cuando interviene nuestro dios paternal y gotoso; pacientemente rehace la fuerza y a Pavía—fíjate bien—le da el encargo de destruirlo todo.

Pero... ¡bah! Pavía. El 85. Cavite. Cataluña. La Gran Guerra. El 17. Africa..., todo eso, pajuelas en un horno; hacía falta que viniera aquel gran inepto de don Miguel Primo de Rivera. Y nuestro dios, lógicamente irritado ante una pasividad adverbial como la nuestra, lo ungió en la política para que a mandob'azos lo escharrase todo.

Y así ha sido. Atiende: tengo a la mano las leyes políticas de España, y entre ella, «La Constitución», séptima carta de derechos que ha regido aquí, y que en Derecho Constitucional es el «Código Fundamental de la Nación, base esencial de gobierno, garantía de la libertad y de la justicia, para promover la prosperidad y el bien de toda la Nación».

Al leer esto yo no sé qué pensar de Cánovas. Ya no sé si era un iluso o si era un vendido. En fin, ya te hablaré otro día de él. El caso es que de esa base esencial de gobierno se encargó Primo; de esas garantías y de esa libertad, Anido; de esa justicia, Galo, y esa prosperidad y ese bien de toda la Nación se la asignaron entre sí Guadalhorce y Calvo.

Después de dicho esto excusaba de decirse más y signar la carta o pasar a otra cosa, porque me parece que la opinión general es bastante conocida. Sin embargo, como tú has oído hablar de revolución y como seguramente piensas—y piensas bien—que toda revolución tiene un fundamento moral—cuando no legal, como lo constituían los hombres del 93 en los artículos 10, 11, 27 y 35 del primer contrato social, en donde se le concedía al gobernado el derecho a alzarse en armas contra el gobernante cuando éste violase la ley pactada—voy a ver si te encuentro dicho fundamento en el artículo 17 de la nuestra, olvidado completamente de la memoria popular y que a la letra y en su párrafo tercero dice: «Pero en ningún caso se suspenderán más garantías que las expresadas en el primer párrafo de este artículo.»

Aquí tienes un imposible moral.

En una Constitución política no se suspenderán más que determinados derechos-garantías, y eso temporalmente, lo mismo que en una Constitución orgánica, en que tampoco se podrían suspender más que limitadas funciones y por corto tiempo. Tú, por ejemplo, no puedes dejar de comer,

En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, a ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la elección de la víctima.—MIRABEAU.

ANUNCIO

por VICENTE DGO. ROMERO

En la ruleta del frío,
ganaba el color morado
un pleno a la sangre mía,
sincopada por presagios.
La noche alijaba sombras
en los faroles del barrio.
MADAME ZAHORI, PITONISA
(cuarta plana del diario),
con el imán de un anuncio
tiraba de nuestros pasos.
PISO SEGUNDO, DERECHA.
CALLE TAL (del Extrarradio.)

¡Por diez pesetas legales,
el porvenir revelado!

La pitonisa baraja
nuestro destino en sus manos
y, en praderas de cartón,
florece tréboles galos...
(La calle sola, dudada
de reverberos escasos,
mojábese con las lluvias
oblicuas del signo Acuario.)

¡Nuestro destino se tiñe
de sangre en el naípe galo,
y el miedo nos enharina
con alburnos de payaso!
(En el collar de las horas
—trescientos sesenta grados,
perfecta circunferencia—,
el tiempo cruje, pausado...)
Sobre las puertas cerradas,
la noche calca cadalsos.

Con llave exacta, el sereno
—San Pedro venal y urbano—
abre los cie'os del sueño,
por un cobre troquelado...
...Y por la calle, bruñida
con un barniz de chubascos,
su curva pedal y sísmica
iba trazando un borracho...
¡El asma bronca del viento
resollaba en los tejados!

de respirar, etc. Es decir, puedes; pero te morirás. ¿Está claro?

Pero supongamos que se suspenden otras que andan desparramadas por el mismo Código, como sería que no se podría imponer otra pena que la prescrita *previamente* en la ley—así dice el párrafo cuarto—; o que nadie está obligado a pagar contribución que no esté votada por las Cortes o por las Corporaciones *legalmente* autorizadas para imponerlas, según el artículo tercero—¿qué sería del seguro ferroviario y del P. N. T.; de la desratización; de las Exposiciones; de los comités paritarios; del impuesto de utilidades, y en, general, del bien de toda la Nación si se siguiese a la letra este precepto en una Constitución vigente? ¡Pudiera Gandhi implantar esta obediencia en vez de su «desobediencia civil»!—; o que se necesite una ley especial votada en Cortes para ratificar tratados especiales de comercio, los que estipulen dar subsidios a alguna potencia extranjera y todos aquellos que puedan obligar individualmente a los españoles—artículo 55—y para tomar caudales a préstamo sobre el crédito de la Nación—artículo 86—; es decir, el concierto económico con Francia; las negociaciones con Italia; el tratado con Portugal; el convenio con Turquía; tres o cuatro empréstitos dictatoriales; el complejísimo problema de la estabilización... Y no te canso; hay más aún que se podrían escoger para nuestro supuesto. Pues bien, ¿y si se suspendieran otras garantías?

Entonces, como le pasaría a un cuerpo vivo en quien se suspendieran todas las funciones vitales, este *corpus juris* habría desaparecido como tal, no quedando de él otra cosa que una momia huesuda, en cada una de cuyas aristas penderían como cueros secos al viento de la indignación popular, todos los derechos cesantes.

Por eso yo te hablaba de un imposible moral. Porque hay un imposible físico, como sería la ley de gravitación subvertida; hay un imposible lógico como es que la parte contenga al todo, y hay un imposible metafísico, por ejemplo, si eres deísta, el suponer que un Dios vaya en contra de su misma naturaleza. Pues bien; suponte todo eso: supón que la ley de gravedad desaparezca; que la parte sea mayor que el todo; que Dios se despoje de sus atributos, ¿qué te queda?; ¿no es el caos místico?

Ya estoy cansado y no terminé de contestar a tu inquérito. Otra vez, y pronto, será.

Y ahora, para terminar, si te digo: ¡Eh, Felipe! ¡La ley no existe...!, ¿distinguirás fácilmente lo que falta? ¿Percibirías claramente lo que queda? Salud.

OBRERISMO

La huelga de los gráficos madrileños

Juicio crítico

por ISIDORO ACEVEDO

A través de la interviú con Ramón Lamonedá que apareció en el número anterior de esta Revista han podido apreciar los lectores los antecedentes, el desarrollo y la importancia de la huelga de obreros gráficos de Madrid, huelga que todavía continúa, por la tozudez suicida de los patronos, en tres de las Casas más importantes: Rivadeneyra, Compañía General de Artes Gráficas y Prensa Gráfica. Conociendo la parte informativa, vamos a exponer hoy el juicio crítico que me ha sugerido dicho movimiento.

Examinemos, en primer lugar, la conducta de los patronos. A nadie le ofrecerá la menor duda que abrigaban la pretensión de dar la batalla a la organización obrera. Los vemos primero ausentarse del Comité paritario cuando las cosas no tomaban el rumbo que ellos querían; los vemos más tarde entorpecer la labor de la Conferencia de Salarios, y vemos, por último, darse de baja en la Patronal, para eludir el acuerdo de aquella, a Rivadeneyra y Compañía General de Artes Gráficas. La otra Casa que resiste, Prensa Gráfica, no pertenecía a esa entidad; solamente alternaba con ella cuando creía que podía convenirle.

Pero los hechos han revelado esta gradación: un pequeño número de patronos aceptan desde luego la primera fórmula que con carácter transitorio presentaron los obreros; todos los demás hicieron frente a la huelga que por su negativa surgió, observándose en aquella fase de la lucha que un alud de patronos pequeños a quienes se concedía el mismo derecho de igualdad en las votaciones que a los patronos grandes arrastraban a un determinado número de éstos que por mal entendido espíritu de clase no abandonaban la posición ofensiva. Estos patronos grandes no se percataron de que los pequeños les hacían víctimas de un engaño, que consistía en detenerles la producción mientras ellos —los pequeños— iban sacando adelante la suya con su trabajo personal y el auxilio de los familiares. Por este medio, además, lograron aumentar su clientela a costa de los otros y engrandecer sus talleres. Y, por último, vemos a siete Casas rebelarse contra el acuerdo de la Conferencia de Salarios que puso término al conflicto, cediendo a los pocos días cuatro de ellas y manteniéndose firmes en su intransigencia las tres que siguen en la misma actitud, o sea Rivadeneyra, Compañía General de Artes Gráficas y Prensa Gráfica. Deben ser, por consiguiente,

estas tres Casas el blanco de nuestra crítica.

Y esas tres Casas—mejor dicho, los elementos intransigentes de esas tres Casas que lograron imponerse—están ofreciendo el triste espectáculo de suicidarse a la vista de todos. Hay todavía en España una supervivencia feudal que se obstina contra el ritmo de los tiempos nuevos. A ese grupo de feudales pertenecen los tres patronos que resisten. No se han percatado de que oponerse sistemáticamente a los legítimos fueros del trabajo es tanto como luchar a tiros contra el mar. ¡Qué error el suyo al no prever el espíritu de resistencia de los obreros! Es un error que les está costando muchísimo dinero y que por persistir en él van camino del hundimiento. Ni

Cuando el obrero ha ahorrado una pequeña economía, cuando él tiene asegurado su mañana, discute su salario, se defiende; pero cuando el hambre está en su casa, él no se defiende; se entrega.—
JEAN JAURES.

siquiera saben ser burgueses, que es lo primero que debe aprender todo el que emprenda un negocio industrial.

Esta lucha de los gráficos madrileños ha revelado también el fracaso de la política colaboracionista. Si cuando, hace dos años, acordó la organización obrera una petición de mejoras se hubiese mantenido en su propio campo de acción, oteando el momento propicio de formularla directamente a los patronos, sin intervención del Comité paritario ni de ninguno de esos organismos que se han creado para matar el espíritu de lucha de clases e impedir las huelgas, otro hubiese sido el resultado y antes se hubiera llegado a él. Ya hemos visto que los patronos alternan en esos organismos cuando les conviene y los abandonan cuando les da la gana, aprovechándolos como recursos dilatorios de las reclamaciones obreras. Los trabajadores deben volver a sus primeras posiciones de lucha, en las que adquirieron su personalidad y su ardor combativo. Esta es la lección más importante que se desprende de la huelga de los gráficos madrileños. Hasta en esto fueron torpes los patronos intransigentes: pudiendo aprovechar para sus intereses esos organismos colaboracionistas, los

desprestigiaron. Naturalmente: una cabeza feudal no puede dar más de sí. Víctima de la miopía intelectual de estos patronos ha sido el señor Elorrieta, que en el seno del Comité paritario y en la Conferencia de Salarios se puso de parte de los trabajadores por asistirles a éstos la razón y la justicia.

¿Han recibido las organizaciones que luchan toda aquella solidaridad que merecía, por ejemplo, la Asociación del Arte de Imprimir, madre de las demás colectividades obreras y fuente de solidaridad inagotable de todas ellas? Evidentemente, no. Ciertamente que las entidades de la Casa del Pueblo de Madrid se reunieron en sesión extraordinaria el jueves último y acordaron apoyar la huelga de los gráficos, pero nos parece que este loable acuerdo hubiese sido más oportuno antes. ¿Y qué diremos de la Federación Gráfica Internacional, que en la novena semana de huelga todavía no ha hecho otra cosa que prometer solidaridad? ¿Para cuándo espera a convertir en realidad la promesa? ¿Para cuando la huelga termine? Su conducta nos parece francamente reproachable. Y dejemos este punto aquí. Vale más no seguir ni comentar.

El Gobierno—los Gobiernos, puesto que cuando estalló el conflicto todavía no había caído el de Berenguer—ha dado una de cal y otra de arena, pero arrimando a los patronos la paletada mayor. No ha entorpecido la marcha normal del movimiento ni perseguido a los huelguistas a pesar del estado de excepción que aún sufrimos, pero en cambio ha proporcionado al señor Montiel soldados de la Brigada Topográfica, y el ministro de Trabajo todavía está esperando a conocer la actitud de los patronos de provincias para resolver oficialmente en vista de lo acordado por la Conferencia Nacional de Salarios. También en las esferas gubernamentales se descubren vestigios feudales.

La característica que ofrece la lucha en el momento actual es de resistencia, resistencia por ambas partes. La que más resista, esa vencerá; sólo que la victoria de los patronos sería la de su ruina, un triunfo sobre escombros. Si yo creyera en Dios les diría: «¡Dios os ilumine!» Pero se me antoja que su tozudez los lleva a la ruina y a la derrota, porque las levas de esquirols han llegado al tope del reclutamiento y los huelguistas están tan firmes como el primer día y esperanzados por la victoria que legítimamente les corresponde.

El Rife

Los grandes artículos del esenciero M. Coty (artículos de perfumería, naturalmente) le gustan mucho al «A B C». El mismo sentimiento monárquico une al Luca de Tena del «Agua de azahar» marca *La Giralda* y al monsieur Coty, fabricante de perfumes.

Dios los cría y el patchulí los junta.

Copiamos de «Heraldo de Madrid»: «Una noticia.—Se afirma que don Juan Vitorica y Casuso, conde de los Moriles, presentará su candidatura a diputado a Cortes por Cáceres, distrito que ya ha representado después de elección muy sonada, como nadie ignora.

Otra noticia.—Ha sido nombrado gobernador civil de Cáceres don Fernando Fuentes, secretario político de don Juan Vitorica y Casuso.»

El presidente del Consejo de ministros ha dicho:

—Yo garantizo que tanto las elecciones municipales, como las provinciales, como las de diputados a Cortes, serán absolutamente sinceras.

El señor Cambó debía callarse. Esto le sentaría muy bien a su garganta y a su relativo prestigio intelectual.

Porque en cuanto abre el pico no dice más que vaciedades.

Para Cambó la historia de España se divide, sencillamente, en dos grandes períodos.

Uno que abarca desde los tiempos primitivos hasta la creación de la CHADE. Y otro, desde la creación de la CHADE hasta nuestros días.

Palabras del diccionario:

«Ganzúa. f. Hierro largo con una punta torcida a modo de garfio que

usan mucho los turistas para quitar o correr los pestillos de las cerraduras, y abrir las puertas, arcas, cajas de caudales, etc.»

«Palanqueta. f. Barreta o pértiga pequeña de hierro con dos cabezas, una en cada extremo, que se suele emplear para cargar y descargar objetos pesados y para forzar puertas o ventanas. Muy usado por los turistas.»

Es un engaño empeñarse en ser bueno. Hay que nacer bueno, y no preocuparse más de semejante cosa.—JULES RENARD.

Caricaturas y caprichos

Al buen borracho.

por V. D. R.

«¡Que viva la Mariana!»,
era su grito del sábado,
en la hora en que el domingo,
vestido de monosabio,
entrábase en la taberna,
oculto en el calendario.
En su nariz—el pigmento
de azafrán falsificado—
brillaba el voltaje rojo
y alcohólico del morapio.
En sus ojuelos tenía
malicias de mus barato,
la falsa seña que engaña
con su equívoco al contrario.
Con óxidos otoñales
yodábanle los cigarros
su bigotejo otoñal
de pelos nicotinados.
El osario contundente
del dominó tabernario
le enronqueció en la disputa
del seis doble que le ahorcaron.
Y, al día siguiente, empinó
las botas el buen borracho,
y en el seis doble del féretro
—todo negro, pino y paño—
soñando con la República
fué a jugar con los gusanos.

A propósito de burguesía.

¿Los patronos ricos son burgueses?
¿Y los hijos de los patronos ricos?

La perspicacia del gran político Cambó es enorme. Y como profeta, una maravilla.

Al empezar la Guerra Europea dijo que Bélgica perecería como nación si no franqueaba el paso a los alemanes. Y, efectivamente, Bélgica se salvó por oponerse a ellos.

Luego dijo que vencerían los imperios centra.es. Y, efectivamente, fueron derrotados.

Afirmó un día que la Dictadura española duraría poco. Y, en efecto, duró seis años, siete, ocho...

Poco antes de los sucesos de Jaca manifestó que la tranquilidad estaba asegurada en España. Y al día siguiente estallaba el movimiento revolucionario. En fin, que no da una.

Ahora comprendemos por qué los chamarileros le colocan tantas «ganas».

Un hombre con tanta «vista» es natural que confunda un velázquez con una fototipia iluminada de esas de los bazares.

A los de la U. M. no los quieren en ninguna parte.

Cosa que nos parece perfectamente injusta.

Porque la reata del «salvador de España» podría todavía prestar señalados servicios. Y no sólo en las faenas agrícolas.

El general Berenguer parece que se encuentra algo mejorado de su hemisferia.

Desgraciadamente el ser republicano no es un pecado. Ojalá lo fuese. Si lo fuese, sentiríamos el republicanismo con duplicada satisfacción.

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

“LEAMOS”

a las personas que la soliciten

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Envía catálogos y boletín trimestral.

A NUESTROS AMIGOS. A NUESTROS LECTORES

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

NUEVA ESPAÑA debe llegar a ser el primer semanario de su clase en nuestro país. Los que le hacemos, no le regateamos esfuerzo alguno, alentados por el éxito creciente que nuestra revista viene alcanzando. Y llegaremos a la meta del éxito tanto más pronto cuanto más eficaz sea el concurso que cuantos leen NUEVA ESPAÑA y simpatizan con sus postulados.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

AÑO

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Con sólo **2 céntimos** de gasto y una pequeña molestia, pueden nuestros amigos coadyuvar prácticamente al éxito de **NUEVA ESPAÑA**.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

LISTA DE AMIGOS SUSCEPTIBLES DE SER SUSCRIPTORES DE "NUEVA ESPAÑA"

[illegible]

**Franquear con un sello
de 2 céntimos.**

Lista remitida por D.

residente en calle**Provincia de**

A recortar y remitir a la Administración de NUEVA ESPAÑA
39, calle de Tudescos, 41 - MADRID - Apartado 555

IMP. DE SUC. F. PEÑA CRUZ, PIZARRO, 16. MADRID.

Ayuntamiento de Madrid